El Coyote 3, Huracán sobre Monterrey

José MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo primero

Nueva hazaña del Coyote

El antiguo palacio de los Ortega, convertido en residencia interina del gobernador de California, estaba lleno de luz. Lo más selecto de California habíase reunido allí para celebrar la visita del Gobernador a la ciudad de Monterrey. Oíase hablar mucho inglés; pero predominaba el español, ya que hasta más de veinte años después la gran mayoría de los documentos oficiales se escribirían, en California, en la lengua de los primeros conquistadores.

También los oficiales del Ejército se esforzaban en expresarse en el idioma del país, y sólo una serie de desagradables comerciantes atronaban el aire con un áspero inglés, que ningún británico hubiera admitido como idioma de Shakespeare ni de Milton.

Ofrecía la fiesta el gobernador y en ella iba a sellarse, simbólicamente, la definitiva amistad entre California y sus últimos conquistadores.

-Interesa mucho al Gobierno de Washington que los californianos se sientan súbditos nuestros -le dijo el gobernador a don Julián Carreras, alcalde de la ciudad-. Se prevén malos tiempos; el choque entre los Estados esclavistas y los abolicionistas ha de producirse tarde o temprano. Entonces el Sur y el Norte lucharán en una guerra civil, y si California no se siente satisfecha ni protegida, puede tomar el partido del Sur y crear graves dificultades.

El señor Carreras, uno de los principales hacendados de Monterrey, español de origen y californiano de todo corazón, movió la cabeza mientras paseaba, al lado del gobernador, general Curtis. Éste vestía de etiqueta y sólo una condecoración, ganada en las luchas contra los indios, indicaba su verdadera condición. Hubiese podido lucir otras condecoraciones ganadas en la guerra de Tejas y en la mejicana; pero con ellas hubiera recordado a los invitados que él era uno de sus vencedores. Curtis era un buen político y sabía cuándo conviene olvidar al vencido que está ante el vencedor. El señor Carreras, por su parte, vestía a la moda californiana. Las largas calzoneras, de botones de oro, eran una obra maestra del arte californiano. La chaquetilla estaba llena de ricos bordados y la faja de seda que ceñía la cintura del alcalde valía, por sí sola, más que todo el negro traje del gobernador.

-La que propone practicar Washington es una buena política -replicó el señor Carreras-. Y deseo que se pueda llevar a efecto; pero creo que son demasiados los norteamericanos que anhelan que las cosas sigan como hasta ahora. Cuanto menos orden, cuanta menos protección encuentren los californianos, mejor irán los negocios de esos hombres que han caído como nube de langosta sobre las tierras de California.

El general Curtis se acarició la blanca perilla.

-Ya sé que sus compatriotas tienen justos motivos de queja, alcalde. Yo he sido uno de los que más han abogado por hacer comprender a los norteamericanos que California no es un campo abierto a todas las rapiñas, sino un territorio hermano, un Estado más, dentro de la gran comunidad de Estados de la América del Norte. Ha costado mucho trabajo llegar a conseguir algo; pero creo que estamos en camino de lograr que la paz vuelva a California. Esta reunión de hoy ha de servir para sellar una amistad eterna.

Carreras inclinó la cabeza y permaneció en silencio. Al cabo de unos segundos, Curtis le preguntó:

-¿Es que no cree usted en la realización de nuestros buenos deseos?

-Señor Gobernador -replicó Carreras-, yo y todos los californianos de las clases elevadas, creemos en sus buenos deseos y también en los buenos sentimientos que hacia nosotros abrigan los oficiales del Ejército; pero, al fin y al cabo, usted y la oficialidad forman la minoría. Son ustedes los únicos caballeros que Norteamérica nos ha enviado. Los demás no hacen ningún honor. Incluso yo he sido víctima de ellos. No hace mucho compré unas máquinas agrícolas,, firmé un pedido y cuando me trajeron las máquinas las pagué con oro. Me olvida de que trataba con comerciantes norteamericanos y no exigí recibo. Al cabo des una semana me fue presentado el recibo al cobro y no tuve otro remedio que pagar de nuevo o verme desposeído del cargo que ostento.

-¿Por qué no acudió a mí? Yo hubiera impuesto un correctivo.

Julián Carreras movió negativamente la cabeza y, con una sonrisa, siguió:

-Usted no hubiese podido hacer nada, señor gobernador. Existía un pedido firmado por mí. No era posible presentar ningún documento que demostrase que yo había pagado la máquina recibida. Su ley es bien clara. Yo debía volver a pagar o enseñar un recibo. Y eso que me ocurrió a mí, que, al fin y al cabo, debiera conocer a los comerciantes que han venido a nuestra tierra, les sucede a diario a otros californianos menos enterados de la realidad y que aceptan a un hombre por lo que parece ser, aunque muchas veces se engañen y no sepan lo que en realidad es.

-Tiene usted razón -suspiró Curtis-. Oficialmente no se puede hacer nada, pero déme usted el nombre de ese comerciante, y yo le prometo que extraoficialmente le obligaremos a que devuelva...

-No es necesario -interrumpió Carreras-. Otro le ha castigado ya. Una noche, el señor Charles Adams recibió una desagradable visita, que al marcharse, se llevó sus orejas y gran parte de su dinero.

Curtis frunció el entrecejo.

-¿Fue Adams quien le hizo víctima de una estafa? -preguntó luego.

-Sí.

-Y *El Coyote* le vengó a usted.

-A mí y a otros muchos que, como yo, creyeron que el ser comerciante no impide ser honrado.

El gobernador detúvose junto a uno de los graciosos arcos que decoraban la galería que rodeaba el primer piso del palacio de los Ortega. Su mirada recorrió unos momentos el amplísimo jardín, iluminado por multitud de faroles venecianos, y por el que paseaban los invitados, disfrutando de la embriagadora suavidad de la noche californiana.

-¿Qué opina usted del *Coyote* -preguntó de súbito.

-¿A quién interroga usted? -preguntó Carreras, advirtiendo la seriedad de tono del general Curtis.

-A usted.

-Pero ¿interroga usted al alcalde o al ciudadano de California?

-A uno y a otro. ¿Qué me contesta usted como alcalde de Monterrey?

-Que he dado orden de prender al *Coyote* en cuanto se le vea por aquí.

-Con lo cual no ha hecho más que cumplir una orden mía. Pero ¿la cumple a gusto?

-Cuando recibo una orden de mis superiores, no interrogo a mi corazón; me limito a cumplirla, señor gobernador.

-Una respuesta muy castellana -sonrió levemente Curtis-. Los de su raza tienen fama de cumplir las órdenes de sus reyes, aunque, como en el caso del famoso noble que albergó en su casa al condestable de Borbón, cumpliendo la orden del emperador,

luego quemen el edificio para purificarlo. Después de oír su respuesta, casi no necesito preguntarle qué opina usted del *Coyote* como californiano. Lo considera un héroe.

-Como californiano, lo considero como el hijo más grande de esta tierra. Algún día nuestros nietos le levantarán un monumento.

-Que adornarán con orejas cortadas -sonrió sarcásticamente el gobernador-. Los griegos regalaban coronas de laurel a sus héroes. Los españoles les regalan las orejas a sus víctimas. ¿No es así?

-En las corridas de toros, sí, y creo que un toro es, al fin y al cabo, más digno de respeto que un comerciante que no sabe lo que es el honor.

-Señor Carreras, hablemos de hombre a hombre. En estos momentos nuestros invitados bailan a los acordes de la orquesta y nos dejan tiempo y oportunidad de charlar sin ser molestados. Desde el momento en que acepté el cargo de gobernador del Estado de California, tuve que oír quejas y alabanzas dirigidas al *Coyote.* Por un tiempo creímos que había muerto; pero luego reapareció y, en los últimos tiempos, parece que ha aumentado su actividad. Hace exactamente dos meses el señor Adams vio entrar una noche en su casa a un enmascarado vestido a la mejicana que, con el convincente argumento de un revólver de seis tiros, le obligó a que le entregase veintisiete mil dólares en monedas de oro. Charles Adams se los entregó. Luego, el enmascarado le ordenó que se volviera de espaldas y de dos cuchilladas le dejó sin orejas. Adams, a causa del dolor, se desmayó. Más tarde, las orejas fueron encontradas en la puerta de la iglesia de San Diego, atravesadas por un cuchillo. Debajo de las orejas se leía, escrito en la madera con la punta de una daga, un nombre: *El Coyote.* El padre Gervasio halló luego, en el cepillo de las limosnas, cien dólares en monedas de oro. ¿No es así?

-Así es.

-¿Usted considera que el comportamiento del *Coyote* es digno de alabanza?

-Particularmente, considero justo el castigo del señor Adams. Como alcalde, ordené a la milicia que persiguiera al *Coyote.*

El gobernador inclinó la cabeza contra el pecho y estuvo jugueteando con su corbata. Luego, en voz baja y con tono impersonal, murmuró:

-Y tal vez le dijo que obedeciera al pie de la letra su orden de «perseguir» al *Coyote,* insistiendo en que no era necesario que le alcanzase.

Julián Carreras palideció visiblemente; pero el gobernador seguía ocupado en contemplarse la corbata y no pareció darse cuenta de la turbación de su interlocutor.

-Si considera que he faltado a mis deberes, pongo mi cargo a su disposición -dijo, con voz alterada, el alcalde.

Curtis levantó la cabeza y miró, como extrañado, al californiano.

-¿Por qué dice eso? -preguntó-. ¿Le coloqué yo en ese cargo?

-No; pero...

-Le eligió libremente el pueblo de Monterrey -siguió Curtis-. Mientras ese pueblo no opine lo contrario, usted debe seguir siendo su alcalde.

-Pero usted ha insinuado...

-He dicho que usted dio orden de perseguir al *Coyote* y eso es verdad; pero también es verdad que, sonriendo, indicó al teniente Ortiz, jefe de la milicia, que se limitase a perseguir y no se esforzara en alcanzar...

-¿Ha dicho el teniente Ortiz...?

-¡No, por Dios! El teniente Ortiz es un caballero, un admirador del *Coyote* y un californiano de todo corazón. Al lado de estas cualidades, tiene el defecto de hablar demasiado. Por eso me he enterado de lo ocurrido. Pero no pienso tomar ninguna medida contra él ni contra usted. Si el Ejército detiene al *Coyote,* le ahorcarán inmediatamente; pero no es fácil que lo consiga. *El Coyote* tiene demasiados amigos

entre los californianos de todas las clases sociales. Y como las autoridades civiles, excepto en los casos donde son norteamericanas, también le apoyan, temo que consiga eludir nuestra persecución y continuar realizando libremente sus fechorías.

Carreras fue a protestar, pero Curtis le interrumpió casi violentamente:

-Sí, fechorías, señor Carreras. Hasta hace unos meses, *El Coyote* podía ser considerado como un elegante vengador de las injurias y atropellos que se cometían con el buen pueblo de California. Pero desde hace tiempo su comportamiento es tan sólo el de un vulgar salteador de caminos. Ya no hay nobleza en sus hazañas. Ataca sólo a los norteamericanos; pero lo hace con innecesaria crueldad. A un ranchero de Los Olivos, en Santa Bárbara, le dijo que le iba a marcar una oreja y de un disparo le destrozó la cara. Fue un crimen estúpido. En Atascadero asaltó una diligencia y mató a los tres viajeros que iban en ella. También quiso matar al conductor; pero sólo le dejó mal herido. De ese asalto obtuvo unos cinco mil dólares. Más tarde, en Santa Margarita, entró en una oficina federal y exigió la entrega del oro que se guardaba allí. Se llevó doce mil dólares y mató a tres soldados. Por último, en San Luis Obispo detuvo un correo que llevaba once mil dólares y mató a dos hombres y una mujer que iban en compañía del conductor. A éste se limitó a cortarle una oreja. ¿Cree usted, Carreras, que todo eso es propio de un caballero noble? Yo opino que su *Coyote* es un vulgar asesino.

-Siempre he dudado de que fue *El Coyote* el autor de esos asaltos.

-Lo ha dudado porque, a pesar de todo, le repugna a usted creer que un hombre pueda llegar a cometer semejantes crímenes; pero la realidad es que *El Coyote* los comete, y que ustedes, al apoyarle, apoyan a un canalla.

-Es muy fácil, señor gobernador, echarle al *Coyote* las culpas de todo.

-Los habitantes de Santa Margarita vieron cómo *El Coyote,* revólver en mano, escapaba de la oficina general. Y todos le despidieron con entusiastas aclamaciones. Tal vez algún día se arrepientan de no haber disparado contra él.

-Tal vez el Gobierno se arrepienta, algún día de no indultar al *Coyote* -replicó Carreras-. Estoy seguro de que en todos los californianos produciría un beneficioso efecto el indulto de ese hombre.

-Sospecho que *El Coyote* no aceptaría jamás ese indulto -declaró Curtis-. Para él sería siempre más provechoso robar y asesinar bajo una personalidad encubierta, que aceptar la paz. *El Coyote* es...

-¿También usted habla del *Coyote,* señor gobernador? -preguntó en aquel momento una voz masculina.

El gobernador y el alcalde volviéronse para hallarse frente a un caballero vestido a la moda de California, pero con un lujo que sobrepasaba al del mismo Carreras. La doble hilera de botones que servía para abrochar sus calzoneras estaba formada por perlas de regular tamaño y constituía un alarde de riqueza.

-Desgraciadamente, tenemos que hablar de él, señor Echagüe -replicó el gobernador, tendiendo la mano al propietario del rancho de San Antonio y del rancho Acevedo, los dos más importantes de Los Ángeles. Además de ser muy poderoso, César de Echagüe era cuñado de Edmonds Greene, quien ocupaba un importantísimo cargo de Washington.

Echagüe era un hombre de agradable aspecto; pero de modales excesivamente lánguidos, a quien se veía más veces tumbado o sentado que moviéndose activamente. Era el polo opuesto de lo que había sido su padre.

-¿Y por qué hablan de un personaje tan poco agradable? -preguntó César, sacudiéndose una invisible mota de polvo del negro terciopelo de su traje.

-Porque nos da muchos quebraderos de cabeza -contestó el gobernador, y, significativamente, agregó-: Por lo menos, me los da a mí.

-¿A usted no, don Julián? -preguntó Echagüe, dirigiéndose al alcalde.

-A mí también -contestó Carreras.

-Siempre he opinado que ese *Coyote* debiera ser ahorcado para que al fin nos viésemos libres de él -suspiró César de Echagüe-. Cuando visito mis propiedades, no oigo más que hablar del *Coyote.* Mis peones no apartan de sus labios su nombre. Lo consideran lleno de virtudes, de cualidades y de perfecciones. Me asombra que no lo coloquen en lugar de San Antonio, en nuestro rancho.

-Es muy agradable oír a un californiano hablar mal del *Coyote* —dijo el gobernador-. Creo que es la primera vez que oigo a uno de ustedes mostrarse disconforme con lo que hace ese asesino.

-Los Echagüe siempre han pretendido ser originales -declaró el alcalde-. Ellos hacen lo contrario que los demás.

-Quizá por eso hemos conservado nuestras propiedades -replicó César-. Si hubiésemos hecho lo que todos, hubiéramos aceptado a los yanquis por lo que parecían, y no por lo que son, y ahora nos encontraríamos pobres y viviendo en casa ajena. Cuando hemos vendido, hemos dado recibo de lo que entregábamos. Y cuando hemos pagado, no nos hemos conformado con un apretón de manos; al contrario, hemos dirigido la mano hacia la pluma y el tintero. Por eso seguimos siendo ricos.

-Señor Echagüe, ¿debo considerar sus palabras como un insulto? -preguntó Julián Carreras, palideciendo intensamente.

César de Echagüe le miró con burlón asombro.

-¿Un insulto? -preguntó-. No comprendo. ¿En qué puedo haberle insultado?

-Habla usted mucho, don César, y el hablar tanto no es siempre conveniente.

-Empieza usted a asustarme, señor alcalde. Por fortuna, está presente el señor gobernador, que no me abandonará en tan apurado trance.

-Sobre todo si recuerda al señor Greene -dijo, despectivo, Carreras-. No todos tenemos la fortuna de contar en nuestra familia con un importante personaje del Gobierno Federal.

-Es cierto -admitió César de Echagüe-, no todos tienen la prudencia de asegurarse el porvenir. Pero creo que no hay motivo para que dos viejos califor-nianos se disgusten. Si usted, señor Carreras, necesita los buenos oficios de mi cuñado, tendré sumo gusto en encontrar un momento disponible y escribirle solicitando que resuelva el asunto que usted tenga pendiente.

-Gracias -dijo secamente Carreras-. Sé resolver mis problemas sin necesidad de que nadie me ayude.

-¿Ni *El Coyote*? -preguntó distraídamente Echagüe.

-¿Qué quiere decir? -casi gritó el alcalde.

César de Echagüe encogióse de hombros.

-Nada. Sólo que hasta mí han llegado ciertos rumores acerca de un caballero que hizo un mal negocio y para vengarse habló con alguien que, según se decía, estaba en relación con *El Coyote.* Ese caballero dijo a ese alguien que *El Coyote* podía visitar a cierto comerciante sin miedo a que la milicia ciudadana le persiguiese. *El Coyote* aceptó la oferta, presentóse, cortó unas orejas y se llevó unos miles de dólares, sin que la milicia se molestara en perseguir con excesiva saña al famoso bandido.

-¡Caballero! -Carreras estaba lívido de ira-. Le exijo que retire en seguida esas palabras.

-¡Por favor, conténgase usted, Carreras! -pidió el gobernador.

César de Echagüe se acarició la barbilla y con voz cansada replicó:

-Si usted quiere, señor Carreras, admitiré que no es cierto nada de cuanto he dicho. No me importa decir una mentira, si con ella puedo evitar un ataque apopléjico a

un buen amigo.

Dando un paso adelante, Julián Carreras cruzó de una bofetada el rostro de César de Echagüe. En seguida retrocedió un paso y pareció aguardar a que el joven le replicase.

Durante una fracción de segundo, una llamarada de ira cruzó por los ojos de César; pero fue tan rápida que ninguno de los dos hombres se dio cuenta de ella. Luego, con la misma monótona voz de siempre, César de Echagüe declaró:

-Sin duda se sentirá usted muy feliz, señor Carreras. Ha demostrado que sus nervios son más fuertes que usted. ¿Espera que le proponga un desafío?

-De un caballero californiano lo esperaría -replicó el alcalde-. De usted no puedo decir que lo espere.

-Entonces me ha abofeteado porque «sabía» que yo me guardaría la bofetada, ¿no?

Carreras no replicó.

-Siendo así, reconozco que es usted un hombre valiente que hace las cosas sabiendo a lo que se expone. Por esta vez, y teniendo en cuenta que sólo nos ha visto el señor gobernador, dejaré pasar su ataque de nervios y no trataré de aumentar con una bala de plomo la densidad de su cerebro. Además, aparte de su cariño por *El Coyote,* es usted un buen alcalde y Monterrey no me perdonaría nunca que le privase de semejante joya.

-¿Debo entender que se niega a batirse conmigo? -preguntó Carreras.

-Sí. Me niego a matarle.

-Diga que se niega a intentar matarme.

-No, caballero -dijo secamente César de Echagüe-. Soy el ofendido y tengo derecho a elegir el arma que se debería utilizar para el desafío, ¿no?

-Desde luego -declaró el gobernador.

-¿Saben qué arma escogería? -preguntó burlonamente César. Y sin esperar la respuesta ,de los dos hombres siguió diciendo-: Ésta.

Sacó de su faja de seda una daga de hoja triangular. Era un arma oriental, de finísimo acero, adornada con rubíes. Reparando en el delgado tronco de una parra que crecía en un gran tiesto y cuyas ramas se extendían por la galería, dijo:

-Unos treinta pasos nos separan de esa parra. Sería difícil clavar esta daga en el tronco, ¿no es cierto? Pues vea.

La mano de César de Echagüe trazó un veloz semicírculo y el acero, despedido con extraordinaria fuerza, fue a hundirse, hasta la empuñadura, en el tronco.

Los dos hombres le miraron llenos de asombro. Con una burlona sonrisa, César de Echagüe agregó:

-Como puede ver, señor alcalde, si no acepto su invitación al desafío es porque me repugna asesinar a un semejante. Le regalo la daga y le aconsejo que haga mucha práctica. El día en que sea capaz de repetir lo que he hecho, repita también su exabrupto de esta noche y...

Un prudente carraspeo interrumpió a César de Echagüe. Al volverse vio a uno de los criados del palacio que, dirigiéndose a él, anunció:

-Don César... una dama desea verle.

Echagüe miró, desconcertado, al sirviente.

-¿Una dama? -preguntó-. ¿Ha dado su nombre?

El hombre pareció algo turbado y mirando fijamente al gobernador y al alcalde, dijo:

-No... asegura que necesita verle a solas...

-Con su permiso, señores -dijo César, volviéndose hacia los dos hombres- Iré a

ver quién es esa misteriosa dama.

Julián Carreras y el general Curtis le siguieron con la mirada.

-¡Un tipo repugnante! -gruñó Carreras- ¡Un cobarde! Hace honor a la fama de que disfruta.

El gobernador dirigió una mirada a la daga hundida en el tronco de la parra y replicó:

-Sí, puede que lo sea.

Comprendiendo la insinuación, Carreras enrojeció intensamente.

-¿Quiere que bajemos al jardín? -preguntó.

-Como usted desee. Por cierto que me gustaría saber quién es la misteriosa dama que ha citado a nuestro amigo.

-Sin duda se trata de algún amorío secreto -dijo el alcalde-. Mientras tanto, la pobre Leonor estará en el rancho de San Antonio imaginando que su esposo está aquí cumpliendo el penoso deber de hacerse agradable a las autoridades locales...

-No profesa usted ninguna simpatía a don César -sonrió el gobernador-. Creo que es injusto con él. Vayamos a aquel rincón del jardín. Es el sitio más indicado para disfrutar de los fuegos artificiales. Mi esposa y la de usted ya se dirigen hacia allí.

El gobernador de California y el alcalde de Monterrey atravesaron el jardín en medio de los corteses saludos de los invitados y se dirigieron hacia una especie de pérgola, desde donde se divisaba el estanque al otro lado del cual estaba dispuesto el castillo de fuegos artificiales que debía marcar el punto culminante de la fiesta del gobernador.

La esposa del general Curtis, la del alcalde y varias damas de la aristocracia monterrecina, engalanadas todas ellas con sus mejores alhajas, estaban reunidas allí y saludaron con una profunda reverencia a los dos hombres, que correspondieron al saludo.

En el momento en que se disponían a acercarse a la balaustrada que quedaba sobre el estanque, una sombra se destacó de entre unos recortados arbustos y avanzó al encuentro de los presentes. La luz de uno de los farolillos se reflejó primero en el largo cañón del revólver que empuñaba el recién llegado y luego en la máscara que cubría su rostro.

Una exclamación de asombro escapóse de todos los labios, porque el enmascarado vestía el respetado hábito de los franciscanos. Sin embargo, el revólver que empuñaba era tan significativo como el antifaz, y tanto Curtis como Carreras exclamaron a la vez:

-¡*El Coyote*!

El falso fraile inclinóse y sonrió.

-Veo que me reconocen -dijo con burlón acento-. Sin duda el señor gobernador no me esperaba, pues de lo contrario me habría enviado una invitación. Al no hacerlo me ha obligado a un difícil esfuerzo y casi no sé cómo he podido llegar hasta aquí. Pero he llegado. Nada detiene al *Coyote.* Y cuando no hay otro remedio siempre queda el recurso de adoptar el santo hábito de Francisco de Asís y atravesar las puertas murmurando latines y soltando bendiciones. No, no se mueva, señor gobernador. Sé que no lleva usted armas y cometería una locura tratando de resistir. No deseo matarle porque sólo conseguiría que viniera otro peor que usted. Pero, si me obliga a ello, dispararé.

-¿Qué quiere? -jadeó Julián Carreras.

-Muy poca cosa -replicó *El Coyote-.* Las joyas que adornan a esas damas. En realidad no las necesitan, y estarán aún más hermosas sin ellas. Espero que no me obligarán a emplear la violencia...

Cerrando los puños y lanzando una imprecación, Julián Carreras lanzóse contra el

enmascarado. En el mismo instante estallaron los primeros cohetes y el cielo se pobló de luces. Si alguno de los invitados a la fiesta oyó la detonación del revólver que empuñaba *El Coyote,* debió de confundirla con el estallido de uno de los cohetes; pero los que se encontraban en la pérgola, no tuvieron ninguna duda acerca de la realidad del disparo, y la esposa de Julián Carreras lanzó un grito de espanto cuando vio caer al suelo a su marido. Mientras ella acudía en inútil intento de socorrerle, *El Coyote* arrancó violentamente las joyas que lucían las otras damas, las guardó en uno de los amplios bolsillos de su hábito; luego acercándose al gobernador, le despojó del reloj de oro y de la condecoración.

-La guardaré como recuerdo -dijo.

-¡Asesino! -gritó Curtis.

El Coyote echóse a reír.

-Puede llamarme lo que quiera; pero le advierto que algún día le haré una visita en Sacramento y quizá me lleve algo de más valor que este relojito.

La esposa de Carreras se levantó en aquel momento y, alzando los puños, chilló:

-¡Maldito seas! ¡Aunque me cueste la vida haré que te ahorquen...!

El Coyote la detuvo con un violento golpe descargado con el cañón de su largo revólver, y la pobre mujer se desplomó, sin sentido, sobre el cuerpo de su esposo.

Levantando la voz para dominar el estruendo de las continuas detonaciones, el enmascarado advirtió:

-Señor gobernador, señoras, les prevengo que si intentan seguirme dispararé contra ustedes. Sé la suerte que me espera si me detienen y no pienso dejar que me cojan. Buenas noches y terminen felizmente la fiesta.

Calándose más la capucha del hábito y escondiendo el revólver dentro de la amplias mangas, *El Coyote* abandonó la pérgola, atravesando un macizo de laureles. Cuando, repuesto de la impresión sufrida, el general Curtis se lanzó tras él, comprendió que era ya demasiado tarde, y que *El Coyote,* conocedor sin duda de todos los rincones del jardín, tenía una gran ventaja sobre quien intentase perseguirle.

Retrocediendo, el gobernador regresó a la pérgola y corrió hacia la escalera que conducía al parque. Apenas hubo bajado por ella vio a uno de sus oficiales.

-¡*El Coyote* ha estado aquí y ha asesinado al alcalde! -le dijo en voz baja-. Corra a dar la voz de alarma y que rodeen la casa. Nadie debe salir sin ser registrado. Si alguien intenta huir, que disparen sobre él.

El oficial no esperó a que le dieran más instrucciones ni explicaciones. Corriendo dirigióse hacia la puerta principal. Por el sendero vio llegar con indolente paso a César de Echagüe, que en aquel momento acababa de tropezar con un hombre que iba en dirección opuesta.

-¡Qué barbaridad! -exclamó en voz alta, dirigiéndose al otro, que había seguido su camino sin pedir, siquiera, perdón-. Podría...

Antes de que terminase fue casi derribado por el oficial, que le pidió un rápido perdón, a la vez que se llevaba la mano derecha a la gorra y reanudaba en seguida la marcha hacia la entrada del palacio, donde estaba reunida la escolta del gobernador, compuesta de medio centenar de soldados de caballería, armados de pesados y largos sables y de cortos fusiles. Dirigiéndose a ellos el oficial ordenó con voz potente:

-¡Rodead en seguida el palacio y disparad sobre quien intente huir sin obedecer la voz de alto!

César de Echagüe volvió atrás y acercándose al excitado oficial le preguntó:

-¿Qué sucede? ¿A qué viene este afán de estropear la hermosa fiesta? ¿Es que nos han reunido aquí para sacrificarnos como si fuésemos abencerrajes?

El oficial dirigió una mirada de disgusto al californiano y luego replicó:

-La fiesta ha sido ya estropeada, señor Echagüe. *El Coyote* ha estado o está aquí y ha asesinado al alcalde, don Julián Carreras. Estamos tomando las medidas oportunas para que no pueda huir.

-Supongo que ahora registrarán a todos los invitados para ver si encuentran sobre alguno de ellos las pruebas de que es *El Coyote,* ¿no?

-Esa orden la dará, en todo caso, su excelencia el gobernador -replicó el oficial-. Con su permiso, señor Echagüe, iré a verificar el cumplimiento de las órdenes recibidas.

Mientras el militar, después de un breve saludo, se alejaba, César dirigióse, lentamente, hacia el centro del jardín. Al entrar en un estrecho sendero a ambos lados del cual crecían altísimos laureles, el joven hundió las manos en los bolsillos de su chaquetilla. Por un momento pareció estremecerse; pero siguió andando hasta llegar debajo del único farolillo que iluminaba el sendero, tan propicio para los enamorados. La luz de la vela que ardía dentro del farol era suficiente para permitir a César ver lo que acababa de sacar del bolsillo izquierdo. Era un trozo de tela negra con dos agujeros en el centro, es decir, un tosco pero práctico antifaz. El joven lo extendió y dentro de él aparecieron cinco o seis alhajas de mujer. César las estuvo contemplando unos instantes y luego, encogiéndose de hombros, murmuró:

-Lamento tener que abandonaros, pequeñas.

Volviendo a envolverlas con el antifaz alargó la mano por entre los laureles y dejó caer el paquete al suelo, contra el que chocó con sordo golpe. Hecho esto siguió su camino y, evitando el encuentro con los demás invitados, entró en el palacio, dirigiéndose hacia la habitación que servía de guardarropa.

Como esperaba, ninguno de los sirvientes que debían vigilar las prendas dejadas allí por los invitados se encontraba en el lugar. Sin duda estaban todos contemplando la culminación de los fuegos artificiales. Era una imprudencia descuidar la vigilancia, pero ¿quién de los distinguidos invitados del gobernador iba a descender hasta la bajeza de robar una capa de terciopelo, o de buen paño inglés, o de raso adornado con plumas? Tampoco podía temerse que hubiera alguien capaz de robar el sombrero del señor de Echagüe, adornado con un cintillo de trenzadas hebras de oro purísimo. Ni mucho menos que tratara de llevarse uno de los sombreros de copa hechos traer de Londres.

César de Echagüe hizo todas estas reflexiones mientras se deslizaba dentro del cuarto guardarropa, iluminado por una lamparilla de aceite perfumado. No tardó en ver dónde estaba su californiano sombrero y su rica capa de paño. Dirigiéndose recto hacia ambas prendas, pasó la mano por la banda del sombrero, sin encontrar nada. Luego cogió la capa y de dentro de ella extrajo un revólver de largo cañón. El percutor del arma estaba caído sobre un pistón ya quemado, indicio bien claro de que el arma había sido disparada una vez.

Escondiendo el revólver dentro de su faja, César de Echagüe iba a deslizarse fuera del guardarropa cuando un rumor de voces y la cesación de los estallidos de los cohetes le indicó que los criados volvían, después de haber visto quemarse el último cohete.

Era ya demasiado tarde para tratar de huir sin ser visto, pues el guardarropa quedaba en un largo y recto pasillo iluminado con demasiada intensidad.

César cogió una de las capas que colgaban de las perchas y descolgó un sombrero de copa. Cubrióse con la primera, se encasquetó el segundo y, bien embozado, empuñó el revólver. En seguida, y cuando ya las voces de los criados sonaban casi junto a la puerta del vestidor, apagó de un soplo la lamparilla y deslizóse hacia la entrada.

Se abrió la puerta y dos hombres y dos mujeres dispusiéronse a entrar en el guardarropa.

-Se ha apagado la luz -dijo uno de los hombres-. Tendremos...

No pudo seguir hablando porque desde las tinieblas del interior llegó el incon-

fundible chasquido del percutor de un revólver mientras una voz muy autoritaria, a pesar de verse algo ahogada por el embozo, ordenaba:

-Entren los cuatro sin gritar ni tratar de huir. Si obedecen no les ocurrirá nada malo.

Al mismo tiempo, para dar mayor énfasis a la orden, una mano armada de un largo Colt salió de entre las tinieblas y apareció junto a la jamba de la puerta, iluminada por el reflejo de las luces del corredor.

En cuanto vieron la confirmación de sus temores, los cuatro sirvientes se apresuraron a entrar en el guardarropa.

-Quédense quietos de espaldas a la puerta -siguió ordenando la voz-. No traten de volverse, pues recibirán un desagradable disparo.

La orden era innecesaria, pues ni las dos doncellas ni los criados pensaban, ni por asomo, exponerse a las consecuencias de la ira del desconocido. Sin moverse notaron cómo la puerta era cerrada, oyeron girar la llave por el exterior, se supieron encerrados, y ni aun entonces se movieron. Por el acento con que había hablado el dueño del revólver creyeron comprender que se trataba de un desagradable gringo. ¿Quiénes eran ellos, simples californianos, para intentar nada contra uno de los odiados conquistadores? La prudencia exigía desentenderse de la cuestión y dejar que fueran los propios gringos quienes expusieran sus vidas para cazar al desconocido.

Entretanto, César de Echagüe, una vez en el corredor, avanzó con cauteloso paso hasta una de las puertas que comunicaban con el jardín. La entreabrió, asegurándose de que nadie podía verle y, saliendo de nuevo a la noche, fue a ocultarse tras una gran masa de crisantemos que constituían el orgullo de los Ortega.

Durante unos segundos permaneció allí con el revólver a punto y el oído atento al menor rumor. Por fin, seguro de que nadie le había seguido ni visto, César se despojó de la capa y del sombrero y, después de borrar cuidadosamente las huellas de sus pies, dejó entre los crisantemos las dos prendas y el revólver y alejóse de aquel punto. Cuando llegó a la parte más iluminada del jardín arreglóse la chaquetilla y adoptando de nuevo su indolente expresión y caminar siguió a los invitados que acudían hacia la pérgola atraídos por los sollozos e histéricos gritos de la esposa de Julián Carreras, que, recobrando el conocimiento, trataba en vano de devolverle la vida a su marido.

Capítulo II

La culpa del Coyote

Numerosos oficiales de la guarnición de Monterrey habíanse reunido en torno del gobernador. De entre los invitados un médico había acudido para dar la innecesaria

noticia de que Julián Carreras, hasta pocos minutos antes alcalde de Monterrey, había muerto.

-Lo asesinó *El Coyote.*

Estas cuatro palabras eran repetidas por casi todos los allí presentes. Y aunque *El Coyote* era el héroe de todos los californianos, ninguno de cuantos allí estaban parecían sentir ya admiración por él. Julián Carreras había sido muy querido por todos los habitantes de Monterrey, y su asesinato no tenía justificación ni excusa alguna. Si *El Coyote* deseaba ayudar a los hijos de California, no podría hacerlo nunca valiéndose de semejantes medios.

El general Curtis, muy pálido y con voz aún temblorosa, dirigiéndose hacia los invitados dijo:

-Les ruego que entren ustedes en la casa. Ha ocurrido un suceso muy grave y necesito la colaboración de todos.

Volviéndose hacia los oficiales, agregó:

-Mientras los invitados se congregan en el salón, ustedes sírvanse buscar linternas y registrar todo el jardín hasta asegurarse de que no queda nadie en él. Es importante que ninguna persona pueda permanecer oculta entre las plantas.

Marcharon los oficiales, regresando poco después provistos de linternas de petróleo y, entretanto, los invitados se fueron dirigiendo hacia la casa, entrando en el salón donde se debía servir la cena. Las mesas habían sido ya apartadas a un lado, y sobre ellas se amontonaban gran parte de los manjares. Excepto los comerciantes norteamericanos, nadie sentía apetito y fueron muchos los que miraron con disgusto el comportamiento de aquellos hombres para quienes la muerte del alcalde de Monterrey carecía de importancia.

-¿Qué opina usted de esto? -preguntó el señor Ortega, dirigiéndose a César de Echagüe.

Éste se encogió de hombros.

-No opino nada, porque no sé nada. Por cierto, que allí veo reunidos a todos sus criados. ¿No hay más?

El dueño de la casa miró hacia el rincón que ocupaban los numerosos servidores de su hogar, o sea, unos treinta y tantos.

-Creo que faltan algunos -replico-¿Por qué me lo pregunta?

-Porque me ha parecido que no estaban todos -contestó César-. No veo a uno que es alto, ancho de espaldas, de cabello rizado.

-Que yo sepa no tenemos a nuestro servicio ningún criado que responda a esa descripción.

-Sin embargo, yo vi uno, y le apuesto cien pesos de oro a que por algún rincón encontraremos a ese servidor.

-Don César, es usted lo bastante rico para perder, sin lamentarlo demasiado, esos cien pesos de oro -replicó el señor Ortega, famoso por su afición al juego, afición que estaba poniendo amenaza de ruina a su importante hacienda-. Por lo tanto acepto la apuesta, porque sé que voy a ganarla. Venga.

César de Echagüe siguió al dueño de la casa, que le guió hasta donde, respetuosamente inmóviles, estaban los criados de los Ortega. Uno de ellos, tan gordo como importante, saludó con una impecable inclinación a su amo.

-Éste es Tomás, mi mayordomo -presentó Ortega-. Tomás, el señor Echagüe quiere hacerte unas preguntas.

-A sus órdenes, don César -respondió el mayordomo, repitiendo el saludo-. ¿Me permite preguntarle cómo está su esposa?

-Está perfectamente, Tomás.

-Le ruego le transmita mis respetos, señor.

-Así lo haré, Tomás. Sin embargo, antes quisiera preguntarte una cosa. ¿Están aquí todos los servidores de don Pedro Ortega?

-No, señor. Faltan Clementina, Pepita, Nicolás y Francisco.

-¡Ah! Conque faltan cuatro criados. ¿Y dónde debieran estar esos ausentes servidores?

-En el guardarropa, señor.

-¿No se les ha avisado? -preguntó el señor Ortega.

-Jacinta fue a llamarlos; pero encontró el guardarropa cerrado, señor. Supuso que habían venido ya hacia aquí. Luego los soldados no nos dejaron salir.

-Supongo, Tomás, que Nicolás o Francisco, no sé exactamente cuál de los dos, es alto, ancho de espaldas, con el cabello rizado y algo canoso, ¿verdad?

-Perdón, señor -replicó el mayordomo-. Le suplico perdone mi contradicción; pero Nicolás es delgado, de cabello muy liso y muy negro. Y en cuanto a Francisco, nadie sabe por qué es rubio y pequeño. Tampoco tiene el cabello rizado.

-Pero... alguien habrá, entre la servidumbre, que tenga el cabello rizado -objetó César.

-Evelio, señor -respondió el mayordomo.

-¿Y dónde está ese Evelio? -preguntó César.

-Ahí, señor.

Y con un movimiento de cabeza Tomás indicó a un jovenzuelo que no tendría más de dieciocho años, que estaba a pocos pasos de él.

-No... no es ése -murmuró César.

-Perdón, señor -protestó Tomás-. Ése es Evelio. Lo sé mejor que nadie.

-Sí, ya sé que lo sabes -sonrió César de Echagüe-; pero he querido decir que ése no es el criado que yo he visto esta noche. ¿No hay otro?

-No, señor. Excepto Clementina, Pepita, Nicolás y Francisco, todos los demás están aquí.

-Creo que ha perdido la apuesta, amigo Echagüe -rió el señor Ortega.

-Sí, tendré que pagarle los cien pesos -sonrió a su vez César-. Amigo Tomás, has hecho ganar cien pesos a tu amo. Si hubiera habido entre la servidumbre un criado alto, ancho de hombros, fornido, de cabellos rizados y grises, hubiera ganado yo.

Tomás pareció profundamente apenado. Dirigiéndose a César le dijo:

-Le suplico, don César, que perdone mi culpa al no haber contratado un criado que respondiera a esa descripción. Le prometo que en su próxima visita a esta casa, habrá un criado así. Aunque tenga que enviarlo a buscar a San Francisco.

-Te lo agradeceré -rió César-. Y si antes supieses algo de él, te ruego me lo comuniques.

El mayordomo prometió hacerlo así y César y el dueño de la casa volvieron hacia donde antes habían estado.

-Aquí van los cien pesos -dijo el joven, sacando del bolsillo cinco monedas de oro de a veinte dólares cada una y tendiéndolas a su anfitrión que, sonriendo algo avergonzado, vaciló entre guardarlas y devolverlas. Al fin, comprendiendo que César de Echagüe consideraría una ofensa que él rechazara aquel dinero, lo guardó asegurando:

-En realidad le robo este dinero, amigo César. Sabía perfectamente que estaba usted en un error.

-Le aseguro, amigo Ortega, que doy muy a gusto esos cien pesos. Me ha convencido usted de una cosa que ya sospechaba.

-¿Qué sospechaba usted? -preguntó, extrañado, don Pedro Ortega.

-Pues sospechaba que no tenía usted ningún sirviente que fuese algo fuerte y de

cabellos rizados y grises.

-¿Se burla usted de mí?

-Al contrario. Pero le advierto, amigo mío, que de haberlo querido hubiese podido oponer a la declaración de su mayordomo el testimonio de su excelencia el gobernador de California. Si no me engaño, antes de poco el propio general Curtis le preguntará lo mismo que yo.

-¿Trata de decir que mi mayordomo y yo hemos mentido? -preguntó, con intenso rubor, don Pedro Ortega.

-Nada de eso -sonrió Echagüe-. Pero esta noche ha tenido usted, sin saberlo, un criado tal como yo se lo he descrito. Usted no lo sabía. Su mayordomo tampoco lo sabía; y quizá sus sirvientes tampoco lo sabían; pero la realidad sigue en pie.

-No comprendo...

-No se esfuerce. Ahí viene el señor gobernador. Oigamos lo que tiene que decirnos.

No parecía muy alegre ni satisfecho el general Curtis. Dirigió una sombría mirada a los allí reunidos y por fin preguntó:

-¿Están aquí todos los invitados y los habitantes de la casa?

La pregunta había sido hecha, implícitamente, a don Pedro Ortega, por lo cual éste avanzó hacia el gobernador y contestó:

-Sólo faltan cuatro de mis criados.

-¿Qué criados?

-Los que tenían a su cargo el guardarropa.

-Que los busquen.

-El guardarropa estaba cerrado -explicó Ortega.

-Que lo abran y comprueben si están dentro o no -dictó el gobernador- Que alguien acompañe a los soldados.

El propio mayordomo de los Ortega guió a un oficial y a cuatro soldados hasta el guardarropa. Vieron en seguida que la llave estaba en la cerradura, y el mayordomo la abrió, convencido de que dentro encontraría, descuartizados, a los cuatro sirvientes. En vez de ello los encontró vueltos de espaldas a la puerta y tan inmóviles que tanto Tomás como los soldados sospecharon, por un momento, que fuesen maniquíes o estuvieran petrificados.

-¿Qué significa esto? -preguntó el mayordomo.

Al reconocer su voz, las dos muchachas y los dos hombres se volvieron y comenzaron a explicar a la carrera todo lo malo que les había ocurrido. Al fin el oficial cortó la algarabía e hizo salir a los cuatro prisioneros, a quienes guió hasta el salón.

-Estaban encerrados en el guardarropa, excelencia -anunció al gobernador-. Parece ser que un enmascarado les obligó a entrar allí y los encerró.

La atención del gobernador y de todos los presentes centróse en los cuatro sirvientes. Tanto los criados como las doncellas estaban visiblemente asustados.

-Habrá que tomar nota de lo que digan -indicó Curtis-. Quizá sus declaraciones nos sirvan de algo. Señor Ortega. ¿Cuál es el más inteligente de esos cuatro?

El dueño de la casa se volvió hacia Tomás, como traspasándole la pregunta del gobernador. El mayordomo se permitió indicar que, sin ser ninguna lumbrera, Pepita era la más despierta.

-Bien, Pepita -empezó el gobernador-. ¿Cómo te llamas?

-Pepita González, excelentísimo señor -contestó la doncella.

El gobernador volvióse hacia el oficial que estaba tomando nota del interrogatorio. Vio que había anotado el nombre de la doncella y volviéndose de nuevo hacia ella, continuó preguntando:

-¿Qué edad tienes?

Pepita dio su edad, que era lo bastante escasa para no necesitar disimulo, explicó luego que estaba al servicio de don Pedro desde que tenía once años y aseguró que siempre se había portado perfectamente, como podía atestiguar el señor Tomás.

-Está bien -interrumpió el general Curtis-. Explícanos ahora lo que ocurrió con ese enmascarado,

Pepita González contó que durante gran parte de la noche había estado ayudando a las distinguidas damas allí presentes a quitarse las capas y a reparar los desperfectos sufridos por sus maquillajes. Luego, al empezar a quemarse el castillo de fuegos artificiales, ya nadie acudió a utilizar sus servicios, por lo cual ella y su compañera Clementina, junto con Nicolás y Francisco, que estaban encargados de atender a los distinguidos caballeros, salieron a un balcón para contemplar desde allí el maravilloso efecto de los fuegos de artificio que eran quemados al otro lado del estanque, en cuyas aguas se reflejaban con un efecto de maravilla.

-Sí, sí, ya lo sé -refunfuñó Curtis-. Pero lo que a nosotros nos interesa es lo que ocurrió luego.

Pepita pareció ofendida, y con alguna sequedad, pues ella no estaba dispuesta a tolerar aires como los que se daba aquel gringo gobernador, explicó que al terminarse el hermoso castillo volvió con Clementina, Nicolás y Francisco al guardarropa y lavabo de caballeros cuando, de pronto, salió de dentro una mano armada con una pistola muy grande y una voz con acento gringo les dijo que si apreciaban la vida entrasen los cuatro allí dentro y no pronunciaran ni una palabra ni intentasen dar la voz de alarma.

-¿Y qué hicieron? -preguntó, innecesariamente, el gobernador.

-¿Qué haría el excelentísimo señor si un rufián le diese una orden con una pistola en la mano? -preguntó a su vez Pepita, sin adivinar que ponía el dedo en la llaga, pues no era ella la única que se había visto dominada aquella noche por el mismo revólver.

-Bien -refunfuñó Curtis-. Obedecieron ustedes. ¿Puede decirme ahora qué aspecto tenía ese... rufián?

-Sólo nos fijamos en la pistola, excelentísimo señor -contestó Pepita-. Yo estaba temiendo que se disparase de un momento a otro, y no tuve fuerzas para mirar nada más.

-¿Iba vestido de fraile? -preguntó Curtis-. Supongo que eso sí se fijaría.

-¿Fraile? No... claro que no. Ningún fraile es capaz de apuntar a dos pobres muchachas con un cañón como aquél...

-¡No le pregunto si es posible o no! -rugió Curtis-. Conteste a lo que le he preguntado. ¿Vestía aquel hombre como un fraile?

-¡De ninguna manera! -Pepita González estaba indignada-. Nuestros frailes no usan pistola, señor.

-Pepita, el señor gobernador no pretende decir que se tratase de un fraile de verdad -intervino el señor Ortega-. Sólo quiere saber si iba disfrazado de fraile.

La doncella dirigió una mirada de desprecio al gobernador. Sus ojos dijeron bien claro que en su opinión el señor gobernador no había sido elegido, precisamente, por su listeza, ya que ni siquiera sabía explicar una cosa tan sencilla como aquélla.

-No, don Pedro -contestó, al fin-. Aquel hombre no iba vestido de fraile. Llevaba una capa hasta los pies y un sombrero de esos que parecen una chimenea, donde todo es copa y está recortada estúpidamente.

-Nadie te pide tu opinión acerca de los sombreros, Pepita -reprendió el dueño de la casa-. ¿Estás segura de que ese hombre llevaba capa y sombrero de copa?

-Sí, don Pedro.

-¿Y no le vieron ustedes la cara?

A la pregunta del gobernador, Pepita respondió moviendo negativamente la cabeza y diciendo:

-Yo no se la vi.

-Si alguno de ustedes vio la cara de aquel hombre puede decirlo -indicó el gobernador, dirigiéndose a los demás criados.

Clementina y Nicolás movieron negativamente la cabeza. En cambio Francisco declaró:

-Yo vi que llevaba la cara tapada con el embozo, señor.

-¿Llevaba máscara, o antifaz? -preguntó Curtis.

-No, señor; pero no se le veía más que los ojos.

-¿Le reconocerías si le vieses?

Francisco vaciló un momento, miró a su amo y había tal súplica en sus ojos que el señor Ortega pidió a Curtis:

-Si me lo permite, excelencia, yo interrogaré a Francisco. Sospecho que sabe algo; pero no se atreve a decirlo delante de todo el mundo.

Curtis refunfuñó algo acerca de la estupidez de aquella gente y al fin dio su venia.

-¿Reconociste al hombre aquél, Francisco? -preguntó el señor Ortega.

El criado asintió con la cabeza. César de Echagüe, que no le perdía de vista, sintió como si una afilada daga se le fuese hundiendo en la espalda. Maquinalmente empezó a preparar su fuga.

-¿Quién era? -siguió preguntando el dueño de la casa.

Francisco se inclinó a su oído y pronunció unas palabras. Al momento Ortega enrojeció hasta la raíz de los cabellos y gritó:

-¡Estás loco! ¡Imbécil! ¿Cómo se te puede ocurrir semejante estupidez?

-Le aseguro, señor... -tartamudeó el criado.

-¡Es una imbecilidad que te prohíbo repitas más! -gritó Ortega.

César de Echagüe empezó a lamentar haberse desprendido del revólver.

-Exijo que se diga el nombre que ha pronunciado ese hombre -ordenó el general Curtis.

-¡Imposible, excelencia! -dijo Ortega-. No puedo...

-¡Lo exijo! -tronó el gobernador-. No admito que se trate de proteger a nadie...

-Por favor, excelencia -pidió el dueño de la casa, que parecía profundamente abatido-. Le aseguro que se trata de una tontería de mi criado. La persona a quien ha nombrado está por encima de toda sospecha.

-Eso no ha de decirlo usted, señor Ortega. Y no olvide que está ante un tribunal que puede condenarle a la más terrible de las penas si usted se niega a hablar.

César de Echagüe había trazado ya su plan. En cuanto su amigo hablase saltaría sobre el oficial que estaba a su derecha, y le arrebataría el sable. Por fortuna, durante su estancia en La Habana había aprendido a manejar perfectamente el sable y el florete, y estaba seguro de que ninguno de los yanquis allí presentes podía competir con él.

-Excelencia -murmuró Ortega, en el colmo del abatimiento-. Mi criado dice que el hombre a quien vio en el guardarropa era...

Si en aquel momento alguien se hubiera fijado en César de Echagüe habría comparado su actitud a la de un tigre en acecho. En cuanto sonora el nombre él entraría en acción.

-¿Quién era? -preguntó Curtis-. Por Dios, señor Ortega, termine de una vez y díganos, ¿quién era aquel hombre?

-Usted, excelencia -gimió el dueño de la casa.

-¡Eh!

El asombro inmovilizó a todos, especialmente al gobernador del Estado de

California y a César de Echagüe.

-¿Yo? -pudo decir, al fin, el gobernador.

-Sí, excelencia -contestó Ortega, que parecía más pequeño que nunca.

-¡Pero ese hombre está loco o borracho!

-Ya dije a vuestra excelencia... -empezó Ortega.

-Pero tendrá algún motivo para decir eso -siguió Curtis-. Hasta los locos y borrachos suelen tener sus motivos para desvariar. ¿Por qué dice usted que era yo quien le amenazó con un revólver?

La pregunta iba dirigida a Francisco, que, muy asustado logró decir, al fin:

-Llevaba su capa y su sombrero, señor. Yo fui quien guardó su capa, su sombrero y no me puedo equivocar.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de Curtis.

-Pero ¿era yo quien llevaba aquella capa y aquel sombrero?

Francisco reflexionó unos instantes y, por fin, negó con la cabeza. Luego, muy aliviado, como si de sus palabras dependiera la suerte del gobernador, declaró:

-No señor. No podía ser usted, porque a aquel hombre la capa le tapaba los pies. Usted es más alto...

-Bien, hemos estado perdiendo el tiempo -gruñó Curtis-. Sabemos, únicamente, que *El Coyote* se disfrazó primero de fraile y luego utilizó mi capa, sin duda con la intención de escapar de esta casa haciendo creer a los centinelas que salía el gobernador. Muy listo.

César de Echagüe no pudo por menos de sonreír ante la sagacidad del gobernador. Ni por un momento se le había ocurrido a él que la capa que había tomado prestada perteneciera a tan importante dueño.

Entretanto, Curtis siguió interrogando a los cuatro sirvientes, sin que pudiera obtener ningún nuevo informe de interés. En realidad ninguno de ellos estaba en condiciones de identificar al misterioso asaltante y por fin el gobernador desistió de seguirles interrogando; volviéndose hacia los invitados, anunció:

-Damas y caballeros, ruego a todos ustedes que no vean en las palabras que voy a pronunciar un insulto a su honradez. Estoy seguro de que la medida que voy a tomar no dará ningún resultado; pero no puedo dejar de ponerla en práctica. Hace una hora ha sido asesinado en esta casa un hombre importante, por todos muy querido. Yo le vi morir sin que me fuese posible prestarle el menor auxilio, pues me encontraba desarmado frente a un asesino dispuesto a todo, que llegó, incluso, a cometer la villanía de levantar su mano contra la infeliz mujer a cuyo marido acababa de asesinar a sangre fría. Creo que todos ustedes desean, igual que yo, enviar al cadalso al asesino de Julián Carreras, por muy *Coyote* que sea.

Al verse tan directamente interpelados, los allí presentes se removieron inquietos; pero nadie dijo nada, esperando que Curtis terminara de explicarse.

-Ese bandido -continuó el gobernador- hizo algo más que quitar la vida al alcalde. Robó joyas y objetos de valor y escapó con ellos. Tanto las joyas como los objetos son fácilmente identificares, y es mi penoso deber pedirles que se dejen registrar ustedes. Ya sé que no es agradable que se dude de su honorabilidad -continuó Curtis dominando con su voz los murmullos de indignación que sus palabras habían levantado-. Pero creo que preferirán ustedes eso a verse obligados a sufrir la humillación de que sean las autoridades civiles las que intervengan en el caso. Tres de mis oficiales podrán encargarse del registro. Si alguna de ustedes considera que sus derechos di ciudadano de la Unión le permiten negarse a esta humillación, puede decirlo y entonces procederemos con él cumpliendo todas las leyes.

Fue el dueño de la casa quien tomó la palabra en nombre de sus invitados.

-Excelencia -dijo-. Todos nosotros comprendemos los motivos que le obligan a proceder de esta forma. Creo que nadie tendrá nada que objetar; pero si alguno de mis invitados solicitara de mí que le protegiera impidiendo se le registre, yo...

-Usted protegería al hombre que ha cometido un asesinato y un robo en su casa, señor Ortega -interrumpió, rudamente, el gobernador-. Si considera que el autor de semejantes delitos merece alguna ayuda, puede prestársela. Yo no sospecho de nadie en particular; pero sé positivamente, que nadie ha salido de esta casa después de cometido el asesinato del señor Carreras. Por lo tanto, el asesino, o sea *El Coyote,* está aquí o escondido en el jardín.

-¿Han registrado bien el jardín sus hombres? -preguntó Ortega.

-Sí.

-Señor gobernador -Pedro Ortega hablaba con orgullosa dignidad-. No es necesario intentar descubrir cuáles son los sentimientos de mis invitados. No importa que todos nos sintamos o no súbditos de la bandera estrellada y barrada, Pero sí es cierto que todos somos súbditos de los Estados Unidos y tenemos derechos legales que nadie, ni el propio gobernador del Estado, puede pisotear. Por lo tanto, en representación de mis invitados, exijo que antes de que se nos someta a la humillación de un registro, se vuelva a registrar el jardín con el suficiente número de fuerzas para que ni un palmo cuadrado de tierra quede sin mirar. Sólo entonces, cuando se haya comprobado que ese asesino no está allí, nos someteremos al registro; pero no sin que antes sean registrados los oficiales y soldados que se hallaban aquí en el momento de cometerse el crimen. ¡Y el registro lo llevaré a cabo yo, caballero!

-Eso no puede ser... -empezó el comandante que mandaba la escolta del gobernador.

Éste se volvió hacia él y, tras una breve vacilación, le interrumpió:

-Ha de poder ser, comandante.

-Nuestros derechos están bien definidos en el Código de Justicia Militar -recordó el comandante.

-Ya lo sé -replicó Curtis-; pero si todos hacemos valer nuestros derechos no conseguiremos otra cosa que facilitarle la huida al asesino. El señor Ortega pide una cosa y cediendo a ella podremos exigir otras que nos podrían ser negadas. Reúna los hombres suficientes para proceder al minucioso registro del jardín. Creo que sería conveniente que hiciera venir una compañía del fuerte.

El comandante saludó y abandonando la sala dirigióse hacia la puerta principal. Un momento después se oyeron sus voces de mando.

Dirigiéndose de nuevo a los invitados a la fiesta, el gobernador pidió:

-¿Tendrían inconveniente, mientras se cumplen mis órdenes, en darme algunos informes muy importantes?

No hubo objeción y el gobernador procedió a describir el aspecto del enmascarado fraile que había asesinado a Carreras, advirtiendo que no creía que fuese un fraile de verdad, sino *El Coyote* que utilizaba aquel disfraz para abrirse más fácilmente paso por entre los piadosos californianos.

Varias personas declararon haber visto a un fraile de largo hábito, paseando lentamente por el jardín, con la capucha caída sobre el rostro. Todos afirmaron que les sorprendió mucho la presencia de un fraile en aquella fiesta; pero que, debido al respeto que inspiraban los franciscanos, ninguno de ellos se atrevió a molestarle.

El señor Ortega afirmó no haber invitado a ningún fraile ni sacerdote, y negó haber visto ninguno en su fiesta.

César de Echagüe escuchaba atentamente las declaraciones de los testigos, y las grababa en su cerebro.

Se fijó exactamente la hora en que se cometió el crimen y se comprobó que nadie oyó el disparo, acallado por las detonaciones de los cohetes. Tampoco vio nadie subir ni bajar de la pérgola al falso fraile, ya que todas las miradas estaban fijas en el cielo.

Un oficial entró acompañado de varios soldados, para sustituir a los que montaban guardia en el salón y que, más conocedores del jardín que los recién llegados, podían ayudar mejor a las pesquisas. César de Echagüe dirigió una distraída mirada a los recién llegados y por un momento se sobresaltó. En uno de aquellos soldados que vestían el uniforme de la Caballería estadounidense, acababa de reconocer a un amigo de Charlie MacAdams, o sea uno de los soldados que estaban de guarnición en el Fuerte Moore cuando *El Coyote* realizó sus primeras hazañas en Los Ángeles. Claro que aquel hombre no podía conocer la verdadera identidad del *Coyote;* pero si era lo bastante inteligente para recordar incidentes y coincidencias, tal vez... César de Echagüe decidió celebrar una conferencia con aquel soldado que, forzosamente, se fijaría en él cuando llegara el momento del inevitable interrogatorio.

Transcurrieron unos treinta o cuarenta minutos y, por fin, volvió el comandante que había dirigido las pesquisas en el jardín. Era indudable que no había perdido el tiempo, y entre las manos traía botín suficiente para justificar la exclamación de asombro que brotó de todos los labios.

Sobre la mesa que se había despejado para que el amanuense del gobernador pudiera escribir con más facilidad, el comandante colocó un lío de ropa en el que todos reconocieron un hábito de franciscano. Luego, un sargento de poblada barba, depositó sobre la mesa un pañuelo en el que iban el reloj y la condecoración del gobernador, así como gran parte de las joyas robadas. El resto, junto con el antifaz del *Coyote,* lo entregó un soldado.

Menudearon las exclamaciones de asombro, y César, que observaba al soldado que perteneciera a la guarnición de Los Ángeles, le vio dilatar los ojos, como si estuviese viendo algo increíble.

También se trajo la capa y el sombrero del gobernador.

-¿Dónde estaba todo esto? -preguntó Curtis.

El comandante explicó que había hecho colocar una marca en cada uno de los distintos lugares donde fueron halladas las diferentes prendas y objetos.

-Esto indica que *El Coyote* no ha podido huir y que, viéndose perdido, abandonó sus armas y su botín. Por consiguiente, está entre nosotros.

Las palabras del gobernador cayeron como una sentencia sobre los invitados a la fiesta. Oyéronse algunos murmullos; pero nadie protestó de la acusación lanzada.

-Habiendo encontrado todo esto -siguió Curtis- no creo necesario regis-trar a ninguno de los presentes. Sería inútil, pues como se ve bien claro, *El Coyote* abandonó todo cuanto podía comprometerle. Sólo nos queda una so-lución. Que cada uno de los que estaban presentes en esta casa en el momento de aparecer *El Coyote* procure demostrar con testigos dónde se hallaba. Empezaré por mí mismo y por las damas que me acompañaban. Estábamos en la pérgola contemplando el castillo de fuegos artificiales. *El Coyote* surgió de entre unos arbustos y nos conminó a entregar nuestras joyas. Ni el señor Carreras ni yo íbamos armados; pero el señor Carreras, impulsado por su ardiente sangre, quiso luchar contra el ladrón y fue asesinado. Luego, la esposa de la víctima quiso también probar sus fuerzas con el bandido y fue derribada sin sentido. Después, *El Coyote* nos despojó de los objetos de valor que llevábamos y desapareció. Por lo que se refiere a su aspecto físico, puedo decir que un bigotito muy recortado adornaba su labio superior y que llevaba las mejillas rasuradas. No pude ver nada más pues la capucha y la oscuridad protegían al bandido. Ruego que los demás comprueben lo que estaban haciendo al cometerse el crimen, es decir, en el preciso momento en que

se encendió el castillo de fuegos artificiales.

El señor Ortega fue el primero en probar, con abundantes testigos, lo que hacía en aquellos momentos. Los testigos que probaron su declaración quedaron a la vez libres de toda sospecha, pues, al probar la coartada del dueño de la casa probaban, al mismo tiempo, la suya.

Durante unos veinte minutos los restantes invitados fueron desfilando ante el gobernador, siendo exonerados de toda culpa. César de Echagüe fue el último. Varias veces había querido adelantarse a declarar; pero el gobernador le obligó a volver atrás. César comprendió las intenciones de Curtis y empezó a temer las inevitables consecuencias. Por fin, a una seña de Curtis adelantóse con cansado paso y sentóse en el sillón que se había dispuesto frente a la mesa con el exclusivo objeto de que las damas que prestaban declaración pudieran hacerlo cómodamente.

-Supongo, señor Echagüe, que habrá advertido usted que, si ha quedado en último lugar, no ha sido por casualidad, sino por premeditado deseo mío.

-¿De veras? -bostezó César, mirando con los ojos entornados al general Curtis—. Pues no me había fijado. En realidad, me he estado cayendo de sueño.

-Déjese de tonterías, don César -interrumpió violentamente el gobernador-. Si le he dejado para el último momento ha sido porque sospecho que es usted el asesino de Julián Carreras. Mejor dicho, que es usted *El Coyote.*

Ni un estremecimiento conmovió el cuerpo del joven. Bostezando de nuevo, César recorrió con distraída mirada el salón, hasta clavar la vista en el soldado que había sido buen amigo de Charlie MacAdams. Lo que vio confirmó sus inquietudes. El soldado tenía la mirada fija en él y en sus ojos se leía lo que estaba pasando en su cerebro.

-Supongo que bromea usted, gobernador- replicó, al fin, Echagüe.

-No bromeo; pero estoy dispuesto a comprobar su coartada. Es muy curioso que hasta ahora ninguno de los invitados le haya presentado a usted como testigo. Si nadie ha dicho que estuvo con don César de Echagüe, es de suponer que tampoco usted podrá decir que estuvo con alguno de los invitados.

-Creo recordar que estuve con usted y con el señor Carreras hasta unos momentos antes de encenderse el castillo de fuegos.

-Pero no en el momento en que se encendió dicho castillo, a menos que, como sospecho, nos acompañara usted tras el odioso antifaz del *Coyote.*

César de Echagüe se encontraba en una difícil posición.

-Si vuestra excelencia tiene buena memoria, recordará que se me avisó de que alguien deseaba verme.

-Lo recuerdo. Fue usted avisado por un sirviente, a quien no veo entre los del señor Ortega.

El gobernador dirigióse al dueño de la casa y pidió:

-¿Podría decirme dónde está un criado alto, recio, de cabellos rizados y grises?

Ortega dirigió una angustiada mirada a César y por fin movió la cabeza.

-No existe tal criado, excelencia -murmuró-. El señor Echagüe también me pidió que lo buscara, pero no he podido dar razón de él. Ni mi mayordomo, que es el encargado de la servidumbre, ha visto jamás un criado así en nuestra casa.

-Sin embargo, el criado existió en determinado momento -siguió Curtis-, y yo puedo afirmar que el señor Echagüe fue llamado por él. Pero... esto no prueba que dicho criado no fuese un cómplice suyo, Echagüe. Y eso es lo que yo creo, a menos que pueda presentar a la persona que vino a verle. Creo haber entendido que se trataba de una mujer. ¿Quién era esa mujer que vino a visitarle o a hablar con usted en el momento en que la fiesta estaba en su punto culminante?

César inclinó un momento la cabeza, luego la irguió y moviéndola negativamente,

contestó:

-Un deber superior a todo me obliga a callar el nombre de esa dama. Puede usted, si quiere, excelencia, acusarme de ser *El Coyote* o lo que prefiera.

Curtis movió negativamente la cabeza.

-No, Echagüe, no le va a ser tan fácil escudarse tras una falsa caballerosidad. Se ha asesinado a un hombre, a una de las primeras autoridades civiles de Monterrey. Las sospechas recaen sobre usted, que sostuvo un violentísimo altercado con el señor Carreras unos segundos antes de ser informado de la visita de una dama. Díganos ahora quién era esa dama, qué hizo usted con ella, dónde estuvieron y lo que hablaron. Le prometo, mejor dicho, le doy mi palabra de honor, de que su nombre no será divulgado y que las pesquisas se llevarán a cabo con la máxima reserva.

De buena gana César hubiera inventado una mujer; pero inventar no es crear, y Monterrey no era Los Ángeles, donde tenía numerosos amigos capaces de ayudarle en todo.

-Lo siento, pero no puedo hablar. Lo único que puedo decir es que al volver de la entrevista me crucé con uno de sus oficiales. No recuerdo quién era, pues no pude verle la cara.

El oficial encargado por Curtis de dar la voz de alarma adelantóse para confirmar las palabras de César, afirmando no sólo haberse cruzado con él, sino

también haber tropezado con el joven.

Al oír estas palabras, César recordó otro encontronazo, y declaró:

-También otra persona tropezó conmigo unos segundos antes. Si dicha persona quisiera confirmar mis palabras, se demostraría algo más.

Nadie acudió a declarar en favor de César, que, sonriendo levemente, comentó:

-Por lo visto, soñé el tropiezo.

-Quizá -replicó severamente Curtis-. Pero aunque su declaración hubiera sido probada, quedan demasiados cabos sueltos para que tenga ninguna importancia; Sabemos positivamente que fue visto usted cerca de la puerta principal unos tres o cuatro minutos después de cometerse el crimen. Eso quiere decir que pudo usted cometerlo e ir hasta allí. ¿Puede decirnos qué hizo luego?

-Contemplé los fuegos artificiales.

-¿En compañía de quién?

-Eran lo bastante hermosos para no necesitar compañía.

El oficial que había confirmado su encuentro con César carraspeó y, cuando hubo recibido permiso para decir lo que, sin duda, consideraba importante, declaró:

-Creo conveniente llamar la atención acerca de lo extraño que resulta que el señor Echagüe se entretuviera contemplando los fuegos artificiales a pesar de haberle dicho yo que se había asesinado al señor alcalde.

-¿Le dijo usted eso, teniente?

El oficial asintió con la cabeza, agregando:

-El señor Echagüe habló de que, sin duda, se iba a registrar a todos los invitados, por si se encontraba en ellos alguna prueba de la identidad del *Coyote.*

Un murmullo de asombro corrió por la sala. El gobernador volvióse hacia César y le preguntó:

-¿Es cierto que dijo usted eso?

Echagüe se encogió de hombros.

-No puedo dejar por mentiroso a un oficial -dijo-. Sí, creo que dije algo por el estilo.

-¿Por qué?

-No sé. Estoy seguro de que debí hablar por hablar.

-Ya sé que tiene usted fama de hablar por hablar, señor Echagüe -replicó severamente el general Curtis-; pero en esta ocasión, creo que si habló de más lo hizo inconscientemente. Sin darse cuenta de que le estaban escuchando. ¿Dónde estuvo desde el momento que habló con el teniente Barrow hasta que se le vio en el jardín?

-Estuve en el jardín.

-¿Quién le vio?

-Eso no puedo decirlo yo. ¿Me vio alguien en el jardín? -preguntó César, dirigiéndose a los invitados.

-Yo le vi camino de la pérgola -indicó uno de los invitados.

-¿Cuánto rato hacía que habían terminado los fuegos artificiales? -preguntó Curtis.

El otro meditó unos instantes y, por fin, murmuró:

-Cuatro o cinco minutos.

-Entonces su declaración no prueba nada, pues en ese tiempo el señor Echagüe tuvo tiempo de salir del guardarropa con mi capa y sombrero, despojarse de ambas prendas, deshacerse del producto del robo y reunirse con el resto de los invitados. No quiero asegurar, don César, que sea usted *El Coyote;* pero sí voy a decirle que quedará usted detenido hasta que se comprueben muchos puntos.

-¿Cree el señor gobernador que yo iba a molestarme en robar unas joyas que, a mucho valer, no valdrán más de cinco mil pesos, cuando mi renta mensual es treinta veces superior?

-Yo no creo nada, señor Echagüe -respondió Curtis-. He aprendido a no dejarme llevar de mis opiniones personales y creer, en cambio, en lo po-. sitivo.

-Lamento no poder presentarle ningún testigo que pruebe mi coartada. Estoy a sus órdenes, señor gobernador.

De pronto, el soldado que César recordaba como amigo de Charlie MacAdams avanzó unos pasos y dijo unas palabras al oído del comandante. Éste replicó en voz baja y el soldado asintió vivamente. César, que seguía atentamente la escena, se dijo que aquel hombre iba a echar una piedra más contra él.

-¿Qué ocurre? -preguntó el gobernador cuando el comandante, después de escuchar lo que había dicho el soldado, avanzó hacia él.

-Excelencia, el soldado Clifton Overbeck me dice que puede hacer unas declaraciones acerca de la culpabilidad del señor Echagüe.

-Bien, que se adelante -indicó el general Curtis.

El soldado avanzó con paso firme y se cuadró ante su superior.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó el gobernador.

-Clifton Overbeck, mi general -respondió el soldado.

-Veo que pertenece usted a mi escolta, ¿no es cierto?

-Sí, mi general.

-¿Puede usted prestar alguna declaración que aclare el punto que estamos tratando?

-Sí, mi general.

-Hable usted, Overbeck.

Con voz firme y la mirada fija en el pecho del general, Clifton Overbeck declaró:

-Esta noche, mi general, yo estaba de guardia en el lado norte del jardín de esta casa. Es un sitio muy oscuro y se me encargó que vigilara con mucha atención. Unos minutos antes de que se encendiera el castillo de fuegos artificiales, vi acercarse dos sombras. Aunque venían de la parte más concurrida del jardín y no podía tratarse de salteadores, agucé todo lo posible la vista y, como se detuvieron entre unos laureles, procuré acercarme para ver lo que hacían. Di unos pasos y oí unas voces en español. Una de ellas era de mujer. La otra, de hombre. Como todavía no estoy muy fuerte en el

idioma de los californianos, no pude entender de qué hablaban. Luego se encendió el castillo de fuegos artificiales y a su luz pude reconocer al señor Echagüe. Estaba de cara a mí y la dama me volvía la espalda. No queriendo ser indiscreto, me retiré.

Un nuevo murmullo resonó entre la concurrencia. Numerosas sonrisas iluminaron los rostros de los californianos. En cambio, el de Curtis se ensombreció.

-¿Cómo puede asegurarse que se trataba del señor Echagüe? -insistió el gobernador-. La luz de unos cohetes no me parece suficiente para identificar tan bien a una persona a quien se ve por primera vez...

-Perdone, mi general -interrumpió Clifton Overbeck-. En el año mil ochocientos cincuenta y uno estuve de guarnición en Los Ángeles. Allí vi numerosas veces al señor Echagüe. Esta noche, al reconocerle en el jardín, pensé que no podía ser él, pues tenía fama de huir de las mujeres. Por ello me aseguré bien. Comprobé que su voz era la misma y que no había variado físicamente lo más mínimo. Si alguna duda me quedaba, se ha desvanecido ahora, oyendo su declaración y su voz.

-¿Y quién era la mujer? -pregunta Curtis.

-No pude verle la cara, mi general -replicó Overbeck. Agregando en seguida-: Aunque hubiera podido reconocerla, respetaría la discreción del señor Echagüe.

-Está bien -gruñó Curtis-. Supongo que sus palabras libran de toda culpa al señor Echagüe. Comandante, ¿puede usted responderme de la honradez del soldado Overbeck?

El comandante respondió afirmativamente, asegurando que Overbeck estaba, propuesto para el ascenso a cabo.

-Bueno, queda usted libre de sospechas, señor Echagüe -declaró Curtis, como si no se alegrara mucho de ello-. Una vez más, *El Coyote* ha sido más fuerte que nosotros.

César se puso en pie y al pasar junto al soldado, dijo en voz alta:

-Muchas gracias, amigo Overbeck. Creo que le debo algo así como la vida.

En voz baja, casi sin mover los labios, el soldado replicó:

-Búsqueme mañana, a las diez de la noche, en la taberna de Jacinto. Tengo que decirle algo, señor *Coyote.*

César volvióse hacia el gobernador y preguntó:

-¿Podría agradecer con un regalo el favor que me ha hecho este soldado?

-Cuando un soldado cumple con su deber no necesita premio -replicó el gobernador.

-Está bien -suspiró César. Luego, volviéndose hacia el soldado, le tendió la mano y dijo-: Lamento no poderle dar otra cosa que la mano. De todas formas, muchas gracias. -Y en voz baja, agregó-: Hasta mañana, gran mentiroso.

Capítulo III

La cita con la muerte

César de Echagüe se estaba arreglando frente al espejo colocado sobre la cómoda. Durante su estancia en Monterrey, había aceptado alojamiento en casa de un amigo que

tenía negocios urgentes en Méjico y, por tanto, había podido cederle toda su casa. Como servidumbre, César había llevado, desde los Ángeles, a su fiel Julián Martínez. En aquellos momentos, el capataz del rancho de San Antonio miraba consternado a su amo.

-¿Qué te ocurre? -preguntó César, mirando a su servidor.

-Nada, mi amo. No me ocurre nada.

-¿Qué piensas?

-No pienso nada.

-Piensas que ayer noche me libré por verdadero milagro, ¿no?

-Mi amo se expuso mucho.

-Sí, me expuse mucho -murmuró César.

-Por fortuna, aquel soldado...

-Aquel soldado mintió, Martínez.

-Pero... -la consternación del capataz aumentó.

-Sin duda, quiere cobrar a buen precio el favor que me hizo. Esta noche he de verle. Llevaré mil pesos en oro.

-¿Sabe quién es usted?

-Claro que lo sabe. Estaba en Los Ángeles cuando terminamos con el general Clarke. Ha ido uniendo datos y sucesos y ha comprendido quién soy. Cuando me recordó que me había hecho un favor, me llamó por mi nombre. Me dio a entender, sin ningún género de dudas, que sabía que yo era *El Coyote.* Es más, sus últimas palabras fueron: «Tengo que decirle algo, señor *Coyote.»*

-Entonces, está usted a su merced.

-Tal vez. Procuraremos que calle.

Mientras hablaba, César de Echagüe terminó de vestirse y de una caja de caoba sacó un antifaz negro y se lo puso ante el espejo.

-¿Va usted a salir como *El Coyote*? -preguntó Martínez.

-Es menos peligroso eso que salir como don César de Echagüe. No me interesa que me vean cerca de la taberna de Jacinto.

César terminó de asegurarse el antifaz, luego, de un cajón de la cómoda sacó un cinto del que pendían dos largos revólveres Colt. Como hacía siempre antes de partir para alguna de sus aventuradas expediciones, *El Coyote* renovó las doce cargas de los revólveres, colocando en cada cilindro seis cebos nuevos y otras tantas cargas de pólvora y balas. Si llegaba el momento de ser precisa su utilización, las armas responderían infalibles.

Asegurado de que los revólveres estaban en orden, los guardó en las fundas. En un bolsillo guardó un cartucho de monedas de oro y, volviéndose hacia Martínez, dijo:

-Ya sabes lo que debes hacer. Si alguien viniese y preguntase por mí, di que estoy durmiendo y que por nada del mundo te atreverías a despertarme.

-Señor, ¿no se expuso ya demasiado ayer? -preguntó el capataz.

César le dirigió una extraña mirada, que terminó en una carcajada.

-No, ayer no me expuse ni la mitad de lo que voy a exponerme durante las noches que dure nuestra estancia en Monterrey. Adiós.

César de Echagüe descendió a la planta baja y, utilizando una puerta excusada, salió a unos descampados, donde ya le aguardaba un caballo. En un campanario dieron las nueve y media. Los restantes relojes repitieron aquellas notas.

Montado en el caballo que le aguardaba allí, César encaminóse, sin prisa y evitando los lugares concurridos, hacia la plaza donde estaba la taberna de Jacinto. Nadia sabía por qué se llamaba así, ya que su dueño era Clemente García y jacintos no los había habido nunca allí, ni en persona ni en flor. Sin embargo, todos llamaban a aquel establecimiento la taberna de Jacinto, y su fama, debida sobre todo a lo excelente de su

vino y licores, era muy grande en Monterrey.

César llegó a la vista de la taberna cuando faltaban pocos minutos para las diez de la noche. Dejando su caballo a unos treinta metros de la taberna, encaramóse hasta una azotea de la taberna. Cada uno de sus movimientos fue realizado con la mayor cautela, teniendo en cuenta las consecuencias que podían resultar de un paso en falso.

Aunque Overbeck no había indicado el punto donde debían reunirse, era lógico suponer que el soldado no esperaba que la reunión tuviese lugar en la sala principal de la taberna, donde habría testigos más que suficientes para que al otro día todo Monterrey supiera que don César dé Echagüe y Clifton Overbeck se habían entrevistado allí. Por tanto, el soldado debía de esperarle en alguno de los reservados del primero y único piso de la taberna.

Empuñando precavidamente uno de sus revólveres, *El Coyote* abrió la trampa que conducía al interior de la casa y descendió por una escalera de madera. Una bocanada de aire enrarecido, con olor a cebollas, ajos y vino, dio de lleno contra el rostro del nocturno visitante. Durante unos minutos permaneció inmóvil, atento a los menores ruidos. Cuando sus oídos se hubieron habituado a aquel ambiente, comprendió que no había nada que temer y, habituado también a la oscuridad, avanzó lentamente por un interminable pasillo que rodeaba toda la casa y a ambos lados del cual abríanse, de trecho en trecho, habitaciones, donde se guardaban trastos viejos, o que servían de dormitorio o de punto de reunión a quienes deseaban pasar inadvertidos. Todas las habitaciones que iba encontrando *El Coyote* estaban desiertas, y ya desesperaba de que Overbeck hubiera acudido a la cita dada por él mismo, cuando, al doblar uno de los recodos del pasillo, vio una línea de luz debajo de la más cercana de las puertas.

La mano del *Coyote* oprimió con más fuerza la culata del revólver que empuñaba. Caminando como sobre cristales rotos, avanzó hacia la puerta y estuvo escuchando unos minutos. De dentro de la habitación no llegaba ningún rumor. Tal vez aquel reservado estaba dispuesto para él y para Overbeck, y de los dos él era el primero en llegar.

Empujando suavemente la puerta, César se convenció de que estaba abierta. Luego, quedando a un lado para librarse de una posible emboscada, acabó de abrir la puerta, a la vez que dirigía una rápida mirada al interior.

Al momento abandonó toda precaución y deslizóse dentro del reservado. Éste se hallaba amueblado con una mesa de ennegrecido pino, cuatro sillas y un candil de aceite. Sentado en una de las sillas y caído de bruces sobre la mesa, estaba un hombre vestido con el uniforme del Ejército de los Estados Unidos. Su kepis había caído sobre la mesa.

César se inclinó sobre él y lo tocó suavemente, y sólo cuando, aumentando la sacudida, César le hizo volver la cabeza pudo reconocer en él a Clifton Overbeck, en cuyo rostro se pintaban, inconfundibles, las señales de la muerte.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del *Coyote.* Posó una mano en la frente del muerto y la encontró aún caliente. Luego, con ayuda del candil, comprobó que la herida había sido causada con un arma de hoja triangular, que había producido una hemorragia muy escasa.

El Coyote registró rápidamente los bolsillos del muerto, sin encontrar en ellos ningún objeto de especial interés y que no fuera lo que lógicamente podía esperarse encontrar en poder de un soldado. Lo único que se podía considerar interesante era una pistola de dos cañones, muy cortos, que Overbeck había guardado en la caña de la bota derecha.

De pronto, cuando César de Echagüe se disponía a salir de la habitación, su mirada se vio atraída por la mano derecha del muerto. Junto a ella, trazada en el polvo que cubría parte de la mesa, se veía una «C» escrita, sin duda, con un dedo.

El Coyote levantó la mano derecha de Overbeck, y vio que el dedo índice estaba sucio de polvo.

-¿Qué quisiste escribir, infeliz? -preguntó en voz baja, cual si esperase una respuesta del muerto. Luego, comprendiendo que perdía el tiempo permaneciendo allí y que, además, se exponía a un grave peligro, se dispuso a salir fuera del reservado.

La prudencia y las precauciones que instintivamente tomaba siempre y a las que debía *El Coyote* el estar aún con vida, le salvaron también en aquella ocasión. Antes de salir del reservado se pegó un momento a la jamba de la puerta y, acallando los latidos de su corazón, escuchó atentamente. De la planta baja llegaban, ahogadas, las voces de los bebedores; pero entre aquel ruido sonó otro más próximo, que procedía del chocar de la rodela de una espuela contra otra. Luego sonó una casi imperceptible respiración y, por último, el leve chasquido de un bien engrasado fusil.

El Coyote irguióse, dejando en reposo todos sus músculos. Comprendió que había caído en una trampa y que el corredor estaba lleno de soldados. Sin duda, todos ellos apuntaban con sus fusiles hacia la puerta para saludar su aparición con una descarga cerrada.

De nuevo escuchó *El Coyote.* Sólo un privilegiado oído como el suyo podía captar la diferencia entre las distintas y leves respiraciones que sonaban en el pasillo. Al cabo de unos segundos, murmuró:

-Seis hombres.

Por lo menos cinco de ellos irían armados de rifles, y el otro, sargento o cabo, quizá llevase un revólver. Si su salida era saludada con una descarga, los cinco soldados quedarían poco menos que desarmados, y a no ser que llevaran bayonetas, sus fusiles serían más un estorbo que otra cosa.

César de Echagüe cerró fuertemente los ojos. Necesitaba habituarse a las tinieblas, pues en ellas se reñiría la próxima batalla. Con movimiento seguros, a pesar de no ver nada, fue hasta Clifton Overbeck y, tomando infinitas precauciones, le quitó el sable, desenfundándolo con gran cuidado y sin el menor ruido delator. Luego, sosteniendo el sable bajo el brazo y cogiendo con una mano el candil y con la otra una de las sillas, avanzó de espaldas hacia la puerta, haciendo que la sombra de su cuerpo se proyectara sobre el suelo del pasillo. Al llegar al umbral, apagó el candil y, moviendo los pies como si corriera, lanzó la silla hacia el lado opuesto que ocupaban los emboscados.

El estruendo de la silla al chocar contra las paredes del corredor fue cortado por una descarga cerrada, que repercutió en todo el edificio y al que siguió un alarido del *Coyote,* que hizo creer a los que habían disparado que alguna de las balas había llegado a su destino.

Pero en seguida fueron arrancados de su error, pues a través de la densa nube de sofocante humo de pólvora cayó sobre ellos una sombra armada de un pesado sable de caballería que, certeramente manejado, comenzó a caer de plano contra los soldados. En un momento, cuatro de ellos se desplomaron sin sentido. El quinto huyó hacia el otro extremo del pasillo, mientras el barbudo sargento que mandaba el grupo levantaba su revólver para disparar contra la casi invisible sombra.

César apenas vio el hombre, pero captó el brillo del arma y dirigió contra ella la punta de su sable, haciendo saltar el revólver, que se disparó inofensivamente.

El fogonazo permitió ver al *Coyote* el asustado rostro del sargento, que, tras una brevísima vacilación, echó mano a su sable. Pero también permitió ver a César la escalera que conducía a la planta baja del edificio, y antes de que el sargento pudiera desenfundar su arma, *El Coyote* había salvado de un solo salto el primer tramo de escalera y, después de otro salto inverosímil, apareció en el descansillo, desde el cual se dominaba toda la sala de la taberna de Jacinto.

-¡*El Coyote*! -gritaron a la vez todos los allí presentes, que desde hacía unos minutos tenían la mirada fija en el descansillo y en la puerta por donde llegaban los rumores de la lucha.

-Buenas noches, caballeros -saludó el enmascarado, desenfundando uno de sus revólveres, mientras con la mano derecha agitaba el sable-. Supongo que todos ustedes son gente de paz. Demuéstrenlo apartándose a la derecha.

La orden fue obedecida en masa, y cuando *El Coyote* saltó por encima de la baranda de madera y fue a caer en el centro de la sala, nadie trató de cerrarle el paso.

Arriba se oían voces de mando e imprecaciones, pero nadie apareció en persecución del fugitivo. Entonces *El Coyote,* en vez de salir por la puerta principal, saltó el mostrador de roble, tras el cual se encontraba, temblando de miedo, el dueño de la taberna, a quien el enmascarado golpeó suavemente con el plano del sable, logrando, sin proponérselo, un absoluto desmayo del tabernero, que sin duda se creyó poco menos que descuartizado. En seguida, empujando la puerta que conducía al interior de la casa, *El Coyote* cruzó un par de habitaciones y llegó a la cuadra, donde había unos quince caballos, todos ellos con las marcas del Ejército.

Teniendo en cuenta que él sólo había hecho frente a seis soldados, era fácil suponer que los nueve restantes se hallaban apostados en lugares desde donde fuera fácil impedir la huida del *Coyote,* si éste, contra toda lógica, conseguía librarse de la trampa.

César de Echagüe no se entretuvo lo más mínimo. A sablazos cortó las bridas de los caballos, dejándolos libres. Cuando los quince animales formaron un confuso remolino, César clavó el sable en una de las vigas del techo y evitando a los caballos abrió la puerta de la cuadra.

Los soldados que habían sido apostados unos momentos antes en las azoteas inmediatas, desde las cuales cubrían todas las salidas de la taberna, vieron, de pronto, cómo sus caballos salían al galope asustados por una detonación que acababa de sonar dentro del corral.

Los quince caballos salieron despavoridos y después de cruzar la calle partieron en tres distintas direcciones, antes de que sus amos pudieran hacer nada por detenerlos. Sólo cuando ya estaban demasiado lejos para que fuese posible intentar nada, vieron llenos de asombro cómo sobre el lomo de uno de los caballos que hasta entonces había ido, como los demás, sin jinete, aparecía un hombre vestido de negro, cuyo traje era, inconfundiblemente, el del *Coyote.*

Sonaron unos disparos inútiles y el fugitivo, que había salido de la cuadra oculto bajo el vientre del caballo, agitó su sombrero, picó espuelas y se perdió en las oscuras callejuelas de Monterrey.

Una vez más, *El Coyote* había escapado a la cita con la muerte.

Capítulo IV

La sentencia del Coyote

El general Curtis había retrasado su regreso a Sacramento. En aquellos momentos se paseaba de un lado a otro de la estancia que ocupaba en el palacio municipal, en

cuyas paredes se veían aún los retratos de gobernadores españoles y mejicanos.

-¡Otra vez *El Coyote* se ha burlado de nosotros! -tronó, dirigiéndose a los hombres que estaban frente a él.

Eran éstos el comandante Fisher, el teniente Barrow y el barbudo sargento Clemens.

-La trampa estaba bien dispuesta, excelencia -aseguró Fisher.

-Debían haber llevado más hombres -gruñó Curtis.

-En ese caso, *El Coyote* se habría dado cuenta de que teníamos la taberna rodeado -indicó el comandante-. Era imposible llevar más hombres si queríamos detenerle.

-Sí, ya lo sé; pero no comprendo cómo se pudo permitir que *El Coyote* asesinara a Overbeck y escapase ante las narices de cinco soldados que estaban a menos de tres metros de él. ¿Puede usted explicarlo, sargento?

Clemens cerró los puños y, al fin, explicó:

-Vimos que iba a salir y dije a mis hombres que disparasen sobre él, excelencia. En cuanto apagó la luz y oímos ruido en el pasillo, disparamos todos; pero lo que hizo *El Coyote* fue tirar una silla, contra la cual fueron a dar casi todas las balas. Tan pronto como tuvo la seguridad de que los fusiles estaban descargados, cayó sobre nosotros y con el sable de Overbeck dejó a cuatro de mis hombres sin sentido. El quinto escapó y ha sido ya arrestado.

-¿Y usted qué hizo? -preguntó severamente Curtis.

-Traté de disparar contra él, pero en el momento en que iba a apretar el gatillo de mi revólver, me lo arrancó de la mano de un sablazo. Cuando pude recuperar el arma, él ya estaba lejos.

-La actuación del sargento Clemens ha sido en todo momento digna de elogio, excelencia -aseguró Fisher-. Él fue quien nos indicó la conveniencia de vigilar a Overbeck.

-Explique cómo ocurrió todo -pidió Curtis-. Sólo tengo una referencia muy somera de los acontecimientos.

-Durante la mañana de ayer, Clifton Overbeck estaba muy alegre, y uno de sus compañeros me dijo que había afirmado varias veces que para él se había acabado el pasar necesidad y que pronto podría beber siempre buena ginebra en lugar de mal vino -explicó Clemens-. Recordando lo ocurrido anteanoche, pensé que tal vez sus declaraciones acerca del caballero californiano no respondieran a la realidad y que tal vez esperase un pago importante por su ayuda. Comuniqué mis sospechas al comandante Fisher,y...

Al llegar a este punto, Clemens volvióse hacia el comandante, como esperando que él continuara el relato.

Fisher asintió con la cabeza y continuó:

-Reconociendo que las sospechas del sargento podían tener un gran fundamento, ordené a tres de mis hombres que se turnaran en la tarea de no perder de vista a Clifton Overbeck. Así lo hicieron, y después del rancho le vieron dirigirse a la llamada taberna de Jacinto, una de las principales de Monterrey, muy concurrida por los soldados de la guarnición. Allí se enteraron, por el dueño, que el soldado Overbeck había pedido que se le reservara una de las habitaciones del primer piso para aquella noche, a las nueve y media. Como esto no era corriente, decidí tomar las oportunas medidas para que si el soldado se reunía con *El Coyote,* éste no pudiese escapar. Al mismo tiempo, como no podíamos asegurar que, realmente, Overbeck se fuese a reunir con ese bandido, dispuse que las fuerzas que debían tender la emboscada fueran las justas. Un mayor despliegue de medios hubiera podido resultar ridículo si la cita de Overbeck era sólo con una mujer. En realidad, sólo obrábamos impulsados por unas sospechas que podían resultar

infundadas.

-No lo fueron, y *El Coyote* se burló de nuevo del Ejército. -gruñó Curtis-. Hubiera preferido que no se hubiese hecho nada contra él. Por lo menos, no tendríamos sobre nosotros un nuevo fracaso y ridículo. Pronto nadie en California respetará al Ejército de los Estados Unidos. ¿Qué explicación puede darse del asesinato de Overbeck?

-Sin duda, Overbeck, que había servido en Los Ángeles, conocía la identidad del *Coyote,* a quien acaso vio anteanoche en la fiesta de los Ortega -continuó el comandante Fisher-. Debió de citar a ese misterioso bandido para someterlo a un chantaje, y *El Coyote,* acudiendo a la cita, prefirió cerrar para siempre unos labios tan peligrosos.

-Creo que tiene razón, comandante -admitió Curtis-. ¿Se encontró el arma que utilizó *El Coyote* para cometer el crimen?

-No, excelencia; pero no resultaría difícil identificarla, pues después de atravesar el cuerpo de Overbeck se hundió en la tabla de la mesa, donde dejó una huella triangular. Hemos retirado de allí la mesa y la tenemos guardada en el cuartel. Además, antes de morir Overbeck escribió con el índice, en el polvo que llenaba la mesa, la letra «C», o sea, la inicial del *Coyote.* La muerte le impidió completar el nombre. Sin duda, el infeliz ignoraba que a pocos pasos de él estaban sus compañeros y temió que su asesino no pudiese ser identificado.

-¿Se tomó alguna medida para comprobar si César de Echagüe pudo haber estado anoche en la taberna ésa?

-Media hora después, el teniente Barrow se presentó en casa de don César -contestó el comandante, volviéndose hacia el teniente, como invitándole a que relatase lo ocurrido en casa del famoso hacendado.

El teniente explicó:

-Llegué a la casa que ocupa el señor Echagüe y, después de mucho llamar, se abrió la puerta. Apareció el mayordomo y me preguntó a qué venía tanto ruido, Le contesté que deseaba hablar con el señor Echagüe, a lo cual el criado me respondió que su amo no podía recibirme por estar en aquellos momentos descansando. Insistí, y el mayordomo insistió más. Amenacé con pedir una orden judicial y registrar con ella la casa, y entonces una voz que llegaba del interior ordenó al mayordomo que me disparase un tiro, agregando que era imposible dormir con tanto ruido. Al oír aquella voz, reconocí la del señor Echagüe y grité que necesitaba verlo, indicando mi personalidad. Entonces salió envuelto en una larga bata y me preguntó qué motivo me llevaba allí. Le dije que *El Coyote* había vuelto a las andadas y que lo estábamos persiguiendo por Monterrey. Entonces él preguntó burlonamente si creíamos que estaba en su casa, y me invitó a que la registrase. Le dije que no creíamos semejante cosa, agregando que si había ido a verle era para prevenirle, pues la última hazaña del *Coyote* había sido asesinar al soldado que la noche antes le había salvado a él de las sospechas que sobre su persona recaían.

-¿Se asombró de la muerte de Overbeck?

-No, excelencia. La aceptó como muy natural y sin importancia.

-¿No trató de fingir dolor ni inquietud?

-En absoluto. Se hubiera dicho que consideraba natural el hecho.

-Muy extraño. Si fuera culpable, hubiera fingido asombro, pesar... ¿Qué aspecto tenía? Quiero decir si parecía levantarse de la cama.

-No, excelencia. Iba bien peinado y perfumado, como si saliera de tomar un baño o de la peluquería.

-¿No parecía regresar de una furiosa cabalgada?

-En absoluto.

Curtis se acarició la barbilla.

-A pesar de todo, ese hombre sabe algo -murmuró-. Es endiabladamente listo y bajo su inofensiva apariencia esconde algo. No debemos perderlo de vista. ¿No opina usted igual, comandante?

-Si vuestra excelencia me permite opinar, diré que no considero al señor Echagüe capaz de hacer ni la mitad de las cosas que se achacan al *Coyote.* Lo creo incapaz de matar una mosca.

-No niego que eso es lo que parece; pero debo recordarle, comandante, que si hasta ahora *El Coyote* ha logrado burlar todos los esfuerzos de las autoridades californianas ha sido, sobre todo, porque en la vida real, bajo su verdadera identidad, es muy distinto del caballero andante o bandido generoso que es bajo el disfraz del *Coyote.*

El comandante Fisher iba a replicar, cuando le interrumpió una vigorosa llamada a la puerta. El sargento Clemens fue a abrir y un soldado le entregó un pliego doblado y sellado.

-Para su excelencia el gobernador -informó el soldado-. Lo acaban de traer.

Retiróse el soldado y Clemens, después de cerrar la puerta, fue a entregar el pliego al gobernador.

Éste examinó un momento el papel. En aquella época no estaba generalizado el uso de los sobres, y la dirección se escribía en el dorso del papel que se utilizaba para la carta, después de doblada ésta de forma que al sellarla por el otro lado quedara cerrada.

Curtis rompió el sello de rojo lacre y desdobló la carta. La leyó rápidamente y al terminar la tiró sobre la mesa, lanzando un juramento militar.

-¿Malas noticias, excelencia? -preguntó el comandante.

Por respuesta, Curtis tendió la carta ai comandante, diciéndole:

-Léala en voz alta, Fisher. Éste tomó la carta y leyó:

Al excelentísimo señor gobernador de California:

Mi querido general: Anteanoche pude haber terminado con su vida, cosa que hubiera regocijado en extremo a los buenos californianos. No lo hice, e hice mal. Usted no reconoció mi buena voluntad y ayer noche, en pago a mi compasión, me tendió usted una trampa, en la que estuve a punto de caer. No caí, porque no es el general Curtis el hombre indicado para terminar conmigo. En cambio, yo voy a dictar una sentencia contra usted. Es una sentencia de muerte y será ejecutada esta noche. A las doce en punto, California estará sin gobernador.

Lo promete,

EL COYOTE

-¿Qué le parece tanta audacia? -preguntó Curtis.

-Realmente, no creo que sea *El Coyote* quien ha escrito esto, excelencia -replicó Fisher-. Los californianos son muy amigos de bromas y sospecho que esto es una broma de muy mal gusto.

-Puede serlo -admitió Curtis-. ¿Quién ha traído la carta?

El sargento Clemens salió apresuradamente y regresó unos minutos más tarde con la información de que había sido traída por un muchacho a quien conocían los centinelas. En aquel momento lo estaban buscando.

Media hora después, el muchacho, muy asustado, comparecía ante el gobernador. Clemens lo acompañaba.

-Explica al señor gobernador lo que sabes -ordenó el sargento en español.

-¡Le juro, señor, que no hice nada malo! -gimió el chiquillo.

-Ya lo sé, pequeño -le tranquilizó Curtis-. Se trata sólo de la carta que trajiste hace

una hora. ¿Quién te la dio?

-Un señor, en la plaza.

-¿Cuándo te la dio?

-Esta mañana, a las nueve. Me dijo que la trajese cuando las campanas dieran las once. Me dio tres pesos.

-¿Te había encargado otras veces que llevases cartas? -preguntó el gobernador.

-No, señor. No le conozco. No le he visto nunca.

-¿Quieres decir que nunca te había dado encargos de ésos? -preguntó Curtis.

-No, señor.

-¿No le habías visto nunca?

-No, señor.

-¿Vestía bien?

-Llevaba una capa que le tapaba casi los ojos.

-¿Y la barba? -preguntó Clemens.

-No..., no llevaba barba, señor.

Curtis dirigió una aprobadora mirada al sargento. A su vez, preguntó:

-Pero sí llevaba bigote, ¿no es cierto?

-Me parece que sí, señor.

-¿Vestía como nosotros o como tus compatriotas?

-No se le veía el traje, señor.

-¿Te dijo si la carta era importante?

-Sí, señor. Me dijo que era muy importante, y que si dejaba de traerla, me ahorcarían. En cambio, si la traía podría gastar tranquilamente mi dinero.

-Enséñame ese dinero.

El chiquillo sacó tres monedas de plata y las entregó a Clemens, que a su vea las pasó al gobernador. Se trataba de monedas acuñadas en Méjico, con la efigie de Carlos III de España. Aunque la moneda norteamericana era la oficial de Califomia, seguían circulando las antigua! monedas coloniales.

-Esto no nos indica nada -murmuró el gobernador-. En fin, sargento, creo que puede dejar libre al muchacho. Toma, pequeño, para que te compres algo más.

Al decir esto, Curtis entregó al muchacho una moneda de un dólar, que fue a reunirse con las otras tres. Luego, llamando a un lado a Clemens, el gobernador ordenó:

-Que sigan al muchacho y que me digan si habla con alguien. Diga al comandante Fisher que vuelva a verme.

Salió el sargento, y poco después entró Fisher, que parecía muy preocupado.

-No se ha averiguado nada -declaró-. El chiquillo ese pertenece a una familia muy honrada, que hasta ahora no ha aparecido relacionada en absoluto con *El Coyote.*

-Posiblemente, todo será una broma encaminada, quizá, a hacerme suspender la fiesta de esta noche -comentó el gobernador.

-¿No sería más prudente suspenderla? -preguntó Fisher.

-No. Sería declarar que el gobernador de California tiene miedo al *Coyote.* Al contrario, quiero que se celebre. Tomaremos todas las precauciones necesarias para que la amenaza no pueda realizarse; pero quiero que esta noche todo Monterrey se reúna en los salones de esta casa. El gobernador corresponde a la fiesta que le fue ofrecida por la ciudad.

-Es una imprudencia, general. A nadie le extrañaría que la fiesta se suspendiese en señal de duelo por la muerte del alcalde.

-El alcalde Carreras ha sido ya enterrado. Su puesto ha sido ya ocupado por un alcalde interino que, si no es muy del gusto de los monterrecinos, en cambio, es enemigo declarado del *Coyote.* Creo que ha sido una buena idea colocar en ese puesto a

Charles Adams. Un hombre a quien *El Coyote* dejó sin orejas, no resulta un alcalde muy vistoso, pero sí eficaz. Creo que ahora la milicia, si es necesaria, responderá mejor que nunca a su cometido.

Una nueva llamada a la puerta interrumpió la conversación. Era el sargento Clemens. Parecía muy afectado y en respuesta a la pregunta del gobernador, declaró:

-Excelencia, por todo Monterrey corre la noticia de que *El Coyote* ha sentenciado a muerte a vuestra excelencia.

Una débil sonrisa apareció en el rostro de Curtis.

-Como ve, Fisher, no me queda otro remedio que dar la fiesta. En el peor de los casos, será más útil a California un gobernador asesinado que un gobernador cobarde. El cargo obliga. Además, no creo que *El Coyote* pueda llegar a cumplir su amenaza.

-Vigilaremos a don César...

-Vigilen también a los demás -interrumpió Curtis-. Sospecho de nuestro amigo Echagüe, pero también sospecho de otras personas. No olviden que hubo grandes influencias para que mi cargo fuera ocupado por un gobernador que representase los intereses del Sur, o sea de los esclavistas.

-¿Sospecha vuestra excelencia del vicegobernador Lafargue?

Curtis se encogió de hombros ante la pregunta de Fisher.

-Comandante -replicó-: La guerra contra Méjico fue muy popular en el Sur y muy impopular en el Norte. Nosotros, los militares, debemos sentir agradecimiento hacia el Sur, que fue quien realizó el mayor esfuerzo para aumentar nuestro territorio, y, por mi parte, hubiera cedido de buen grado al señor Lafargue, representante del Sur, el cargo de gobernador, pero soy soldado y cumplo órdenes. Hay quienes olvidan eso y creen que un afán personal me llevó a este cargo.

-Entonces, ¿cree que *El Coyote* actúa en interés del partido del Sur?

-No sé nada, pero no me extrañaría. En fin, no vale la pena hablar de lo que apenas conocemos. Hasta luego, comandante.

Al quedarse solo, Curtis sentóse a su mesa de trabajo y, sacando un pliego de papel, empezó a escribir una larga carta para Washington. En ella exponía detalladamente los manejos a que se estaba entregando el partido del Sur para ganar California a la causa de los esclavistas, y advertía que, en caso de su muerte, el puesto de gobernador sería ocupado, hasta el final de la legislación, o sea durante más de tres años, por Georges Lafargue, que en las elecciones celebradas había sido vencido por unos miles de votos, ocupando así el puesto de vicegobernador. Cuando hubo terminado, selló la carta y ordenó que fuese enviada con toda urgencia a su destino por un correo especial. Luego, en el cuaderno de notas que siempre llevaba encima, escribió:

Esta noche, a las once y media o a las doce, debo hablar con César de Echagüe y aclarar de una vez qué relación existe entre El Coyote *y él.*

Capítulo V

Sentencia cumplida

-¿De veras piensas asistir a la fiesta, mi amo? -preguntó Martínez a César de Echagüe.

-¿Te refieres a la fiesta con que nos obsequia el excelentísimo señor gobernador de la Alta y Baja California?

-Sí, mi amo.

-Pues pienso asistir.

-Pero... habiendo muerto hace tan poco el señor alcalde..., ¿no cree que, como señal de protesta, los californianos no debieran asistir?

-California ha sufrido demasiadas conmociones para que nos preocupemos por una tan poco importante como es, al fin y al cabo, el fallecimiento del alcalde Carreras. Todos recordamos la guerra, la invasión de las tropas y luego la invasión de los buscadores de oro. Todo ello ha sido muy desagradable; pero lo hemos soportado, y ahora hemos dado en la filosófica verdad de que si nos sentamos a la puerta de nuestra casa, algún día veremos pasar el cadáver de nuestro enemigo. Divirtámonos mientras nos sea posible. Dejemos que los muertos entierren a los muertos y olvidémoslos bajo tierra.

-El señor Carreras fue de los que colaboraron con los yanquis, ¿verdad?

-Creo que sí, Julián. Y ha muerto.

-¿Y ahora morirá el gobernador?

-Eso dices tú.

-Repito lo que dice todo Monterrey, mi amo.

-*El Coyote* lo ha sentenciado a muerte -murmuró César de Echagüe, empuñando uno de sus revólveres *y* haciéndolo girar en torno al dedo índice, por el guardamanos-. Un tiro y... Pero no creo que me dejen entrar con armas de fuego en el viejo palacio municipal.

-¿Se atreverá usted a matarlo? -preguntó Martínez, mirando, asustado, a su amo.

Éste echóse a reír.

-Si todo Monterrey dice que yo mataré al gobernador, no me va a quedar otro remedio que hacerlo, ¿no?

-Pero ya sospechan de usted. Después de haber matado al señor Carreras y a aquel maldito soldado..., si ahora...

-No te quiebres la cabeza, mi buen Julián -interrumpió César de Echagüe-. *El Coyote* sabe lo que debe hacer y cómo debe hacerlo. Desde luego, no podré llevar un buen revólver, pues estoy seguro de que todos los invitados sufrirán un vergonzoso cacheo, que dejará al descubierto todas sus armas. Un puñal sería más práctico. Sí, usaré un buen puñal. Cuando el gobernador menos lo espere, recibirá una cuchillada en el costado.

-¿Por qué no aguarda usted unos días más? -suplicó Martínez-. Todos le vigi-

larán...

-Porque si espero más tiempo, llegará Leonor, mi muy amada esposa, y no me permitirá salir de noche a hacer de fantasma. Además, tenemos que dirigimos a Oregón, a adquirir unas tierras que unos colonos nos venden. Algún día será aquello un lugar muy civilizado y las tierras valdrán mucho. Tenemos que pensar en el mañana.

-La señora llega mañana, ¿no es cierto?

-Debiera llegar, si nada malo ha ocurrido.

-¿Por qué no deja mi amo de exponer su vida en beneficio de los demás? Deje morir al *Coyote.*

-Esta vez trabajo en beneficio mío, Julián. Y no hables de lo que no puedes entender.

-Perdón, señor.

-Perdóname a mí. He sido demasiado rudo; pero esta vez, Julián, te aseguro que lucho con un enemigo muy terrible e implacable.

-¿El gobernador?

-Su nombre empieza con «C», ¿no?

-Sí, creo que se llama Curtis. ¿Por qué?

-Porque pudiera ser que hubieses, sin saberlo, puesto el dedo en la llaga. Curtis empieza con la letra «C». Igual que *Coyote.*

-¿Qué quiere decir?...

-Nada. Todo es muy complicado. Olvídalo. ¿Está ya dispuesto mi traje? No quiero llegar tarde a la fiesta. Aquí te dejo una carta para la señora. Si esta noche ocurriera algo, escóndela bien, a fin de que nadie pueda encontrarla. Escóndela junto con el traje del *Coyote* y cuando llegue Leonor, se la entregas. No es más que una simple precaución, pero la creo muy conveniente.

Julián Martínez miró asustado a su amo. No comprendía nada, pero era fiel hasta la muerte.

Dos horas más tarde, César de Echagüe, estaba vestido enteramente de negro, con un traje que, si en calidad era riquísimo, en apariencia tenía la sobriedad característica de los trajes de corte españoles. Sus calzoneras no estaban abrochadas con perlas, sino con botones de azabache, y los bordados de todas las prendas eran ricos, pero en seda negra, resaltando apenas en la oscuridad.

Una numerosa guardia rodeaba el palacio municipal, donde el gobernador de California correspondía con una fiesta de gran gala a los agasajos que la ciudad de Monterrey le había dedicado. Algunos de los criados que atendían a los invitados que iban llegando disimulaban mal su condición militar, y César sonrió al advertir lo poco discreto del cacheo a que era sometido.

En lo alto de la amplia escalinata de mármol, los invitados eran recibidos por el gobernador y su esposa. César saludó a Curtis con una inclinación, y el gobernador declaró:

-Es un placer verle aquí, don César. Más tarde tendré mucho gusto en hablar con usted sobre ciertos detalles acerca de la ciudad de Los Ángeles.

-Cuando usted guste, excelencia -respondió César, marchando a reunirse con unos amigos.

A las diez de la noche se sirvió, en la gran sala, la cena, y a las once se sirvió el café.

El gobernador Curtis no parecía tener más vicio, al menos en la mesa, que el del café, del que bebió unas cuatro tazas, excusándose ante sus invitados con la declaración de que la necesidad en que se encontraba muy a menudo de pasar la noche en vela, le había convertido en un adepto de la negra infusión.

-Aunque esta noche no parece hacerme tanto efecto -dijo, pasándose una mano por los ojos, que estaban visiblemente cargados de sueño.

Cuándo a las once y media se salió del comedor, Curtis acercóse a César y le pidió:

-Dentro de cinco minutos le aguardo en mi despacho, señor Echagüe.

Al decir esto contuvo con grandes esfuerzos un bostezo.

César le vio salir del salón y, transcurridos los cinco minutos, le siguió, preguntando a los criados dónde estaba el despacho del gobernador.

Llegó al fin al lugar indicado y no viendo a nadie, llamó a la puerta. La voz de Curtis respondió desde el otro lado:

-Aguarde unos minutos, don César -pidió-. En seguida estoy con usted.

César sentóse en uno de los butacones de la antesala y entretúvose unos minutos contemplando la estancia. Oyó arrastrar unas sillas dentro del despacho y luego el inconfundible gemido de unos muelles. Fueron pasando los minutos y, al fin, a las doce menos diez, César volvió a llamar al despacho. Nadie contestó. César aumentó la violencia de los golpes, y al no recibir tampoco respuesta, una sospecha se filtró en su cerebro. Al fin, abandonando rápidamente la antesala, dirigióse al salón donde se celebraba el baile.

Apenas había entrado en él, escuchó unos golpes y una voz que gritaba:

-¡Excelencia, abra en seguida! ¡Conteste!

César se detuvo y, tras una breve vacilación, volvió sobre sus pasos. Los gritos sonaban en la antesala que él había abandonado. A través de las abiertas puertas de otras dos habitaciones, veíase la del despacho de Curtis, que era golpeada por un sargento del Ejército Federal, mientras la voz de Clemens repetía:

-iPor favor, excelencia, responda!

Varios oficiales acudían ya hacia la antesala, y en aquel momento, Clemens, decidiendo, sin duda, obrar por su cuenta, cargó con todo su peso contra la puerta y, a la segunda embestida, la abrió violentamente.

Por un momento todos vieron al gobernador tendido de bruces sobre la mesa de trabajo. Luego, se oyó un grito y el sargento corrió hacia Curtis. Cuando el comandante Fisher entró en el despacho, vio que el sargento le señalaba, con temblorosa mano, al general Curtis, que. caído de bruces sobre la mesa, estaba clavado a ella por una daga de finísima hoja triangular y cuya empuñadura estaba adornada por varios rubíes, que parecían manchas de sangre. Era un arma oriental, perfectamente templada, y no era necesario un examen muy detenido para comprender que la herida que había producido en el cuello del gobernador era mortal.

En aquel momento, como recordando la amenaza recibida por Curtis, los campanarios de Monterrey comenzaron a anunciar las doce de la noche.

Capítulo VI

La captura del Coyote

La emoción y consternación de los testigos del drama fueron evidentes. Transcurridos los primeros momentos de desconcierto, el comandante Fisher se hizo cargo del mando y trató de poner orden. Su primera medida fue intentar devolver la vida al gobernador. Luego, convencido de que ya no se podía hacer nada por el cuerpo del general Curtis, ordenó que nadie abandonara el edificio y delegó al sargento Clemens para que transmitiera a la guardia la orden de disparar sin previo aviso contra toda persona que intentase entrar o salir del edificio.

Hecho esto, Fisher examinó el escenario del drama. Al momento saltó a su vista lo casi imposible del crimen. El despacho no tenía otra entrada que la de la antesala, careciendo también de ventanas. Estaba alumbrado día y noche por un gran velón colocado sobre la mesa. Volviendo la mirada hacia la puerta, Fisher advirtió que ésta debía de haber estado cerrada con llave, pues la hembrilla de la cerradura estaba saltada y pendía de un tornillo. Sin duda, el embate de Clemens era la causa de ello. En cambio la llave estaba colocada dentro, lo cual hacía más misteriosa la muerte de Curtis.

Dejando para más tarde la solución de aquel misterio, Fisher decidió resolver los problemas más sencillos. Inclinóse sobre el muerto y examinó el arma del crimen. No se trataba de un arma vulgar, sino de una riquísima daga, que debía de valer varios cientos de dólares, ya que los gruesos y bien tallados rubíes eran, por si solos, dignos de un emperador.

Por un momento, Fisher pensó en arrancar el arma de donde estaba hundida, pero no tuvo valor para ello, y, volviéndose hacia el teniente Barrow, ordenó:

-Saque la daga y limpíela. Veremos si alguien la conoce.

Haciendo un esfuerzo de voluntad, Barrow cumplió la orden y tendió la hermosa daga a su superior, a la vez que se asombraba de la facilidad con que había salido de la herida.

-¿Reconoce alguien esta arma? -preguntó Fisher, saliendo a la antesala, donde se agolpaban gran parte de los invitados, que, por segunda vez en cuarenta y ocho horas, veían turbada una fiesta por un crimen.

Nadie contestó; pero Fisher advirtió que don Pedro Ortega miraba, lleno de horror, a César de Echagüe.

-¿Reconoce usted esta daga, don Pedro? -preguntó en seguida el comandante.

-Es mía -contestó César de Echagüe.

-¿Es de usted? Bien. ¿Y puede explicarme el hecho de que haya servido para asesinar al gobernador de California?

-No, no puedo explicarle –respondió César-. En realidad, creo que el señor Ortega es el más indicado para dar explicaciones. Si no recuerdo, mal, el arma quedó en su casa...

-¡Don César! -tronó Ortega-. Demuestra usted ser muy poco caballero al tratar de echar sobre otra persona la culpa que... En fin, no quiero decirle lo que opino de usted.

-No me ha comprendido usted, don Pedro -dijo César-. He querido decir...

-Sé lo que ha dicho -interrumpió Ortega-. Cuando vi la daga en manos del señor comandante, decidí cerrar los labios y no descubrir, aunque se me sometiera a tormento, que conocía la identidad de su dueño; pero nunca creí que la persona a quien yo trataba de escudar se revolviera contra mí acusándome...

-No le he acusado de nada, señor Ortega -protestó César-. Iba a decir que anteanoche, en su casa, yo hice con esa daga una demostración de cómo se lanza un cuchillo. La dejé clavada en la parra de la galería, y al marcharme quedó allí. Desde entonces no ha vuelto a mi poder; y no quiero decir con ello que usted la haya

utilizado...

-Le ruego, señor Echagüe, que me indique los testigos de su demostración de tiro de cuchillo -pidió Fisher-. Supongo que no lanzaría la daga a solas.

-Desgraciadamente, no puedo presentarle ningún testigo -replicó César.

-¿Por qué? ¿Se trataba también de damas a quienes podía comprometer?

-No; pero mis testigos eran el señor Carreras y su excelencia el gobernador. Los dos han muerto. A no ser que alguien recuerde haberse fijado en la daga hundida en el tronco del árbol, temo que tendrá usted que conformarse con mi palabra de honor.

-Sospecho que la palabra de honor de usted sea poca prueba para satisfacer a un jurado, señor Echagüe. Sobre todo, después de lo ocurrido en el palacio del señor Ortega.

-¿Debo considerarme detenido?

-Sí, a menos que pueda usted justificar, sin el menor género de duda, qué ha hecho usted desde que el general Curtis abandonó el comedor.

César se encogió de hombros.

-Su excelencia me pidió que me reuniera con él en su despacho, comandante. Vine aquí y llamé a la puerta. Estaba cerrada por dentro, y el gobernador me pidió que aguardase un poco. Le oí moverse, correr sillas, sentarse y, por fin, extrañado por el silencio que reinaba en el despacho salí de la antesala para preguntar si había otra entrada, pues temía que al gobernador le hubiera ocurrido algo.

-¿Le acompañó alguien durante su espera?

-No, comandante. Estuve solo en esta antesala, con la puerta cerrada. No crea que nadie se fijara en mí.

En aquel momento regresó Clemens. Fisher dirigióse a él y preguntó:

-¿Puede explicarnos lo que sucedió, sargento? i

Clemens contestó afirmativamente.

-¿A qué subió usted?

-A entregar este mensaje, mi comandante. Es de Washington y el correo llegó con retraso. Pensé que podía ser urgente y abandonando mi puesto en el cuarto de guardia, subí a traerlo.

-Recuerdo que le vi subir -dijo Fisher-. Prosiga.

-Al llegar a la antesala llamé con los nudillos en la puerta del despacho, pues se me dijo que su excelencia estaba en él Nadie respondió. Repetí la llamada con algo más de fuerza y, al no oír ningún ruido, pensé que el despacho estaba vacío, a pesar de que se me había asegurado que su excelencia se hallaba en él. La puerta estaba cerrada, y, muy inquieto, recordando la amenaza que recibió esta mañana, llamé con fuerza. Tampoco se me contestó y, entonces, quizá faltando a mi deber, aporreé la puerta y, al no recibir tampoco ninguna contestación, perdí la cabeza y me lancé contra la puerta, forzándola y entrando en el despacho. Cuando recobré el equilibrio, vi a su excelencia tendido de bruces en la mesa y pensé que dormía, aunque mal podía haber permanecido durmiendo en medio del escándalo que yo armé. Al acercarme más, vi el puñal clavado en la nuca de su excelencia y comprendí que *El Coyote* le había asesinado. Y creo poder añadir que todos sabemos ya quién es *El Coyote.*

Al decir esto, el sargento Clemens señaló a César, que, sonriendo, preguntó:

-¿Podría decirme, ya que es usted tan buen policía, cómo entré en el despacho del gobernador, le apuñalé, volví a salir y cerré por dentro?

-No creo que eso sea muy difícil de explicar -gruñó el sargento-. Esa puerta tendrá más de una llave, y quizás encontró usted la manera de cerrarla por fuera...

-Eso lo averiguaremos más tarde, Clemens -interrumpió Fisher-. De momento, lo importante es que el señor Echagüe no puede probar ninguna coartada. Suya es el arma

del crimen, tuvo tiempo sobrado para cometerlo, o sea que no faltó la oportunidad, y sólo nos falta hallar la solución a un misterio que es ínfimo, si se le compara con los demás. Señor Echagüe, queda usted detenido bajo la acusación de haber asesinado a su excelencia el gobernador de California. Comparecerá lo antes posible ante un tribunal que decidirá si existen contra usted pruebas suficientes para su procesamiento. En caso afirmativo, será conducido usted a Sacramento, la capital de California, y allí se le juzgará respetándose todos sus derechos constitucionales. Creo que es más de lo que usted se merece, pues una cuerda y un árbol estarían más indicados para quien es capaz de cometer semejantes delitos. Tres hombres han muerto a sus manos...

-Creo, comandante Fisher, que todos esos reproches están fuera de sus atribuciones -dijo César-. Limítese a cumplir su obligación. No pienso hacer resistencia y prefiero que no sea usted duro conmigo, pues luego, cuando llegue el momento de pedirme excusas, le resultará muy difícil pedírmelas de tantas cosas.

-¡Ojalá sea así! -replicó el comandante-. Le aseguro que nada me placerá tanto como reconocer ante usted que me he equivocado... Pero no creo que llegue a suceder eso. Sargento, hágase usted cargo de este hombre.

Poco después, César de Echagüe abandonó el palacio municipal rodeado por una numerosa escolta de soldados. Aquella noche la pasó encerrado en una celda de la cárcel de Monterrey, construida por los españoles, y que, a pesar de tener más de medio siglo, no daba muestras de debilidad.

Gran parte de la noche, César la pasó reflexionando sobre lo ocurrido. A la madrugada siguiente, su capataz fue a llevarle el desayuno. El carcelero no estaba seguro de si legalmente podía permitir aquello; pero una moneda de veinte dólares, entregada por Julián Martínez, le convenció de que no había ningún mal en que don César recibiese una alimentación mejor de la que podía proporcionarle la cocina de la cárcel. Lo único que hizo el buen hombre fue asegurarse de que dentro de los platos no iba ningún barreno, lima, martillo o hacha, aunque todo ello hubiera sido poco para poder echar abajo la recia puerta de roble que, ayudada por recios flejes de hierro, convertía la huida de aquel lugar en una aventura de titanes. Como, además, el carcelero iba armado con un revólver, y ya los centinelas se habían asegurado de que Julián Martínez no llevaba encima ningún arma, no hubo inconveniente en que el capataz entrara en la celda y permaneciese encerrado con su amo durante el tiempo que César invirtió en comer lo que su criado le servía.

Capítulo VII

La esposa del Coyote

Leonor de Acevedo, la esposa de César, llegó a Monterrey a primera hora de la tarde. La noticia de la prisión de su marido llegó a ella mucho antes, y, presa de una terrible agonía, quiso, en seguida, acudir junto a su esposo.

-No lo haga, señora -aconsejó Martínez-. Ahora no podría hacer nada por él. Ya me ha dado instrucciones.

-¿Cómo ha podido ser tan loco? -sollozó la joven, cuando ella y el capataz estuvieron encerrados en su casa-. ¿Por qué ha hecho eso?

Durante varios minutos dio rienda suelta a sus lágrimas, luego, algo más calmada, declaró:

-Tenemos que salvarle. Sea como sea, aunque tengamos que dar toda nuestra fortuna. ¡Ya sabía yo que esto tenía que acabar mal! ¡Matar a tres hombres, y uno de ellos el propio gobernador de California! ¿Cómo? ¡Oh! Ya sé que es inútil lamentarse y que lo hecho no tiene remedio. César tuvo sus motivos para hacer lo que hizo. Estoy segura.

-El señor me dejó una carta para usted -anunció Martínez-. Creo que temía algo de lo que ha ocurrido.

-¿Una carta? -La esperanza brilló en los hermosos ojos de Leonor-. ¡Pronto! ¿Dónde está? Dámela en seguida.

Julián salió de la estancia, regresando un momento después con una carta y un paquete. Éste contenía el antifaz y las armas del *Coyote,* así como su traje. Leonor abrió en seguida la carta y a medida que la iba leyendo su rostro se iba iluminando.

-Todo puede salvarse aún -murmuró-. Es difícil, pero no lo veo imposible. ¿Dime, te ha dado alguna instrucción más?

Martínez asintió con la cabeza.

-Me dijo que si usted estaba conforme, que citase a todas estas personas.

Al decir esto, tendió una lista a su ama, que la leyó rápidamente.

-No conozco a nadie -dijo-; pero puedes avisarles.

-¿Se atreve a hacer lo que él pide, señora?

-Claro que me atrevo. Me atrevería a hacer cosas más imposibles. Y, sobre todo, después de conocer sus verdaderos motivos. Creo que ninguno de nosotros comprenderá jamás a César. Ve a dar las órdenes oportunas para que se cumpla lo encargado por César. Mientras tanto, yo prepararé lo demás.

Durante aquella tarde, don Pedro Ortega, el teniente Ortiz, jefe de la milicia, el comandante Fisher, el teniente Barrow, el sargento Clemens, el alcalde Charles Adams y el capitán Smithers, también de la guarnición de Monterrey, recibieron un aviso en el cual se les citaba, a excepción del primero, en el palacio Ortega, a las diez de la noche. El señor Ortega recibió una carta con la orden de disponerlo todo para recibir a los visitantes, cuyos nombres se incluían. Se le advertía también que debía callar, pues con ello beneficiaría a su amigo César de Echagüe.

A las ocho de la noche un coche se detuvo ante la cárcel de Monterrey. De él descendió una mujer, envuelta en un tupido velo, sin duda para evitar la malsana curiosidad de la plebe. Rápidamente entró en el edificio, después de anunciar que era la esposa de don César. Los soldados de la milicia que custodiaban la cárcel cambiaron comentarios acerca de lo bien que olía la dama y de lo pronto que quedaría viuda.

Leonor hizo como si no les oyera y entró en el cuarto desde donde el carcelero vigilaba las puertas de las cuatro celdas de la prisión. Al ver a la dama, el hombre se puso respetuosamente en pie.

-Quiero ver a mi marido -pidió, imperiosamente, Leonor.

-Señora..., estas horas no son...

-¡Cállate! -interrumpió, violentamente, Leonor, a la vez que tiraba sobre la mesa un puñado de monedas de oro de a veinte dólares. Por lo menos había más de quince, y al carcelero los ojos casi le saltaron fuera de las órbitas.

-Siendo así, señora... Pero le aseguro que no está permitido. Su esposo es preso muy peligroso...

-¡Ya lo sé! -cortó secamente Leonor-. Sé qué clase de hombre es mi marido y sé

también lo que voy a decirle. Tú ábreme la puerta y déjame con él.

Luego, hablando consigo misma, mientras el hombre abría la reja que comunicaba con la sala a la que daban las cuatro celdas, siguió:

-¡Hacerme a mí semejante cosa! ¡Citarse con una mujer en pleno jardín y comprometerse con ella! ¡El muy canalla sabrá bien pronto quién soy yo!

-Por favor, señora -suplicó el carcelero, un poco asustado por lo que decía Leonor-. Piense que si llega usted a la violencia me comprometerá...

-Si te comprometo te cubriré de oro -dijo, con voz chillona, la joven-, ¡Ah! Recuerda que esta noche volveré arrastrando del pelo a la sinvergüenza que se ha estado citando con mi marido. No te muevas de aquí, pues aunque sean las doce de la noche, volveré.

-Eso es imposible, señora.

Por toda respuesta Leonor acabó de vaciar la bolsa de oro que había traído, y de la cual cayeron diez o doce monedas más.

-Toma -dijo, siempre con su chillona voz-. Si te portas bien, te traeré otra bolsa igual.

-Desde luego, señora -jadeó el carcelero-. Pero tenga en cuenta que me expongo mucho, que si llega a saberse...

-No perdamos más tiempo -interrumpió Leonor-. ¡Abre! Estoy deseando decirle a ese bandido...

-¡Carcelero! -pidió César-. ¡No la dejes entrar!

-¡Cállate! -chilló Leonor, mientras el carcelero, no muy seguro de hacer lo que debía, acababa de abrir la reja que daba paso al departamento de celdas.

Leonor, con paso firme y los brazos en jarra, dirigióse a la celda de donde salía la voz de su marido. El carcelero la abrió y Leonor entró en ella en tromba, mientras César protestaba a todo pulmón.

El carcelero los encerró juntos y retiróse, aunque no lo suficiente para dejar de oír todo cuanto se habló dentro de la celda.

-¡Por fin te veo donde mereces estar! dijo Leonor.

-¡Y yo que creí que aquí, al menos, me vería libre de ti! -exclamó César.

-¡Bandido! ¡En la horca tenías que acabar!

-¡Mejor en la horca que a tu lado!

-Pues te juro que lo último que verán tus ojos antes de que los tapen para ahorcarte, será mi cara! -chillaba Leonor.

-¡Mejor! Así cuando vea al diablo, me parecerá un ángel.

Una estridente bofetada resonó dentro de la celda y el carcelero, quizá dejándose llevar por una reminiscencia, se acarició la mejilla izquierda y pensó en su mujer.

-¡Eres un mal hombre! -siguió luego Leonor-, ¿Puede saberse qué hacías con aquella mujer en el jardín?

-Procuraba olvidarme de la locura que cometí al casarme contigo.

-¿Puede saberse el nombre de semejante mujerzuela?

-¿Para qué?

-Para arrastrarla del moño por todo Monterrey. Y para que todos supiesen quién es. Por lo visto la consideras muy digna y no quieres que los demás la conozcan.

-¡Vete al diablo, Leonor!

-Al diablo irás tú; pero ella también irá. ¿Quieres decirme quién es?

-Si tan lista eres, adivínalo tú.

-No necesito adivinarlo. Todo Monterrey sabe quién ayuda a don César de Echagüe a olvidar sus deberes. ¡Es una piojosa!

-¡¡Ahhhhü ¡Me has llamado imbécil!

Los sollozos de Leonor se hicieron estridentes.

-¡Mal hombre! ¡Insultar así a una pobre mujer desvalida!

Una nueva bofetada resonó en el interior de la celda y mientras César soltaba una imprecación, se oyeron unos golpes en la puerta de la celda y la voz de Leonor resonó mezclada entre violentos sollozos pidiendo:

-¡Carcelero! ¡Ábreme! ¡No puedo seguir aquí con este salvaje!

-¡Sí, carcelero, llévate a esta bruja y no vuelvas a dejarla entrar!

El carcelero, temiendo que desde el otro extremo de Monterrey se oyese el altercado, se apresuró a abrir la puerta.

Leonor, llorando violentamente, salió de la celda, dentro de la cual César de Echagüe parecía estarse reforzando la mejilla izquierda.

Sin detenerse ni un momento, Leonor subió la escalera, y unos minutos después estaba en la calle, mientras el carcelero, después de cerrar la celda decía, a través de la mirilla:

-Las mujeres son muy extrañas. La mía también me pegaba de cuando en cuando; pero, a pesar de todo, me quería. Lo que ocurre es que a veces, nosotros, les damos motivos para que se enfaden. Ya verá cómo la suya vuelve pronto más mansa que un cordero.

Pero César de Echagüe no parecía estar de humor y volviendo la espalda a la puerta se tumbó de bruces sobre su camastro gruñendo algo ininteligible.

El carcelero se encogió de hombros y volvió a su puesto, a contar las monedas de oro recibidas. Si la mujer volvía aquella noche y le traía otro tanto, pronto podría dejar aquel empleo y comprar unas tierras en los alrededores de Monterrey y dedicarse a cultivar verduras y a criar vacas y cabras. Era una lástima que todos los días no encerrasen allí a gente tan rica como el señor Echagüe.

Capítulo VIII

El tribunal del Coyote

En el salón reservado de don Pedro Ortega se encontraban reunidos, además del dueño de la casa, el teniente Ortiz, el comandante Físher, el teniente Barrow, el sargento Clemens, Charles Adams, el alcalde y el capitán Smithers.

-¿De veras no ha sido usted quien nos ha citado, Ortega? -preguntó el nuevo alcalde.

-Les aseguro que no, señores. Recibí una misteriosa carta en la que se me anunciaba la visita de ustedes, y lo dispuse todo para recibirlos; pero no tengo la menor idea de quién la escribió. Sólo se me dice que esta reunión beneficiará a don César.

-No creo que nada pueda beneficiarle -intervino Fisher-. Se ha comprobado ya que el arma que utilizó contra su excelencia es la misma que se empleó para asesinar al soldado Overbeck.

-¿Cómo puede saberse eso? -preguntó Ortega.

-En primer lugar, porque en ambos casos el acero atravesó el cuerpo y se hundió

en la mesa, dejando una marca que en ambos casos coincide con la punta de la daga.

-¿Es que no puede haber otra daga semejante?

-No, señor Ortega. Se trata de un arma muy curiosa, de hoja triangular y, además, de tres filos. Puede decirse que es una daga que se hunde sola, y no es necesario un puño muy recio para hundirla a través del cuerpo de un hombre.

-Pero yo he examinado la parra de que habló el señor Echagüe y en ella he encontrado la señal de la daga.

-Lo creo, señor Ortega; pero eso no demuestra nada. La daga pudo estar hundida allí y luego ser retirada por e{ propio don César.

-O por otro, comandante -intervino e} capitán Smither-. Conocí bien a don César en Los Ángeles, y jamás se habló de él como de que pudiera ser *El Coyote.* La actuación del *Coyote* comenzó mucho antes de que don César volviese de Cuba.

-Los cargos contra él son concretos -insitió Fisher.

-Los he repasado y veo en ellos muchos puntos oscuros, mi comandante -dijo Smither-. Si su excelencia estaba encerrado en su despacho ¿cómo pudo ser asesinado? Tenga en cuenta que la llave no estaba sobre la mesa del despacho ni en un bolsillo del general, sino en la cerradura, colocada de forma que era imposible abrir y cerrar aunque se poseyera otra llave. Sin embargo, el crimen se cometió, y casi resultaría comprensible sospechar de un fantasma o cosa por el estilo.

-Estoy seguro de que hallaremos la explicación lógica -dijo Fisher-. De momento tenemos, como prueba bien firme, la de la daga. Pertenecía a César de Echagüe y no hay ningún testigo que pueda probar que quedó en esta casa.

-¿Y no le extraña, mi comandante -intervino el sargento Clemens-, que el asesino abandonara el arma en el lugar del crimen? Hubiera sido más lógico que se la llevase con él.

-¿Quién sino el señor Echagüe pudo cometer el crimen? -preguntó Fisher-. Echagüe estaba ante la única puerta de entrada al despacho. Si mientras él esperaba hubiese entrado alguien, podía decirlo; pero lo cierto es que a no llegar usted con el mensaje, sargento, Echagüe hubiese podido negar su culpa.

-¿No podría tratarse de un suicidio? -preguntó Charles Adams, el alcalde.

-¡Imposible! -exclamaron todos a una los militares.

Un reloj de pie dio las diez y cuarto de la noche.

-Creo que ya va siendo hora de que averigüemos quién ha sido el autor de la broma o de lo que sea esta cita -gruñó Fisher-. He dejado unos trabajos importantes y si no puedo averiguar pronto quién ha escrito las citaciones...

-¡*El Coyote* las ha escrito y las ha enviado, señores! -anunció una potente voz, desde la puerta del salón.

Volviéronse todos y se hallaron frente a un enmascarado que, apoyado contra la puerta del salón, que había cerrado sin que los demás se dieran cuenta, los tenía encañonados con dos negros y largos revólveres Colt.

-¡*El Coyote*! -exclamó Smithers.

-A sus órdenes, capitán -replicó el enmascarado, rozando con el cañón de uno de los revólveres el ala de su sombrero-. Creo que la última vez que nos vimos fue en la Posada Internacional, la noche en que ayudé a escapar a Telesforo Cárdenas ¿no?

-Creo que si -jadeó Smithers, lamentando haberse desprendido de su espada y pistola.

-Me alegro de que haya venido a la cita, capitán. Necesitaré su ayuda.

-¿Cómo se ha escapado de la cárcel? -preguntó Fisher.

El Coyote soltó una carcajada.

-¡Pobre amigo Echagüe! -exclamó-. Le han cargado mis culpas, y las que no son

mías. Por lo visto alguno de ustedes ha creído que ese pobre botarate era *El Coyote.* No, no lo es. Como no me gusta que recaigan culpas sobre quien no las tiene, he venido a interceder por él y a aconsejar que lo pongan en libertad, pues sospecho que no está muy cómodo en el sitio donde se encuentra.

-¿Cómo se atreve a volver después de lo que hizo conmigo? -tartamudeó Charles Adams.

-¿Se refiere a sus orejas? -*El Coyote* soltó una carcajada-. Fue una buena jugada, señor Adams. Pero no me gusta adornarme con plumas ajenas. No fui yo quien le desorejó.

-¿No fue usted?

-No. En los últimos tiempos, señores, ha habido alguien que se ha dedicado a jugar al *Coyote.* Cuando la noticia llegó hasta mí yo me encontraba en la frontera mejicana. Acudí corriendo y me encontré con que en tres noches había asesinado a tres hombres, entre ellos la pieza más grande de mi colección: ¡Un gobernador de California! No, no lo asesiné yo, y, por lo tanto, declino el honor.

-¿Nos ha citado para decirnos esto? -preguntó Fisher.

-No -replicó *El Coyote-.* Los he reunido para que entre todos descifremos el misterio del falso *Coyote.* Soy muy celoso de mi fama y no acepto imitadores.

-¿Quiere decir que no fue usted quien cometió esos crímenes? -preguntó Smithers.

-Eso digo, y como ustedes están bien informados de todo, vamos a celebrar una especie de juicio para descubrir al asesino. Empecemos por el asesinato de Julián Carreras. El asesino hizo todo lo posible por comprometer a don César de Echagüe. Conozco muchos detalles complementarios, que ustedes ignoran y que demuestran que el verdadero criminal trató por todos los medios a su alcance de hacer recaer las sospechas sobre don César. El soldado Overbeck echó por tierra los planes del asesino y surtió a don César con una buena coartada. Pero luego Overbeck fue asesinado por ese *Coyote,* quien pagó así el favor hecho a don César. Yo nunca hubiera asesinado a un hombre tan bueno. Traté de salvarlo; pero llegué tarde. En cuanto al general Curtis tampoco pude hacer nada por él; pero ya que un hombre está en la cárcel pagando una culpa de la que es inocente, quiero intervenir en su favor y aclarar el misterio. Siéntense, señores, y así podremos hablar con toda comodidad.

Ante el imperioso movimiento de los dos revólveres, todos se sentaron. Por su parte *El Coyote* se acomodó también en un sillón, aunque sin apartar ni un momento los revólveres.

-Empecemos a justificarnos, señores -dijo, luego-. No pretendo ser un santo, ni niego haber ayudado a más de un canalla a salir de este mundo. Ha sido ésa una ocupación a la que me he entregado con mucho gusto y de la que no reniego en modo alguno. Examinemos pues, señores del jurado, los tres casos más recientes.

»E1 asesinato de Carreras tiene todas las trazas de haber sido involuntario. El falso *Coyote* no pensaba en asesinar, sino sólo en robar y en echar las culpas sobre el señor Echagüe. Falló el intento. Murió el alcalde y luego fue necesario matar a Overbeck; porque había descubierto algo muy importante. ¿Qué había descubierto? Yo lo sé; pero lo diré luego. Pasemos ahora al crimen más importante: El asesinato de su excelencia el gobernador de California.

»Confieso, señores, que yo ya sospechaba del asesino, sobre todo cuando vi la letra escrita por Overbeck antes de morir. Una «C». ¿Qué significaba? ¿La inicial del *Coyote*? No, significaba otra cosa. Otro nombre.

»Si estudiamos los tres crímenes veremos algo muy curioso que debiera haber enfocado en seguida las sospechas de usted, comandante. ¿Qué persona estuvo presente en el lugar de las tres muertes? Haga memoria mientras yo continúo.

»E1 gobernador Curtis fue amenazado de muerte, al parecer, por mí. ¿Qué interés podía yo tener en matarlo? Ninguno. Por muchos gobernadores que yo llegara a matar, nunca podría terminar con todos ellos. El general Curtis no me había hecho ningún daño ni tenía yo motivos de odio contra él. Pero el general estorbaba a alguien. Existe en este país un pleito entre los que desean abolir la esclavitud y los que prefieren que continúe. En realidad nadie piensa en los negros, sino en sus manejos políticos y comerciales. Pero sea lo que sea, lo cierto es que tan pronto como se abre un nuevo territorio cerca del Sur, ya se llame Kansas o California, Norte y Sur se disputan su posesión. California no se ha visto libre de esa contienda. Los abolicionistas ganaron el primer combate y colocaron de gobernador al general Curtis; pero los esclavistas se han adjudicado el segundo encuentro al eliminar a Curtis y poner en su puesto a Lafargue. Si en la lucha no estuvieran pisoteando a un inocente, o sea al señor Echagüe, yo no intervendría. Pero como su vida corre peligro, creo que debo ayudar a los compatriotas.

»Su excelencia recibió una sentencia de muerte y la sentencia se ha cumplido. ¿Cómo? De una forma muy sencilla; pero tan ingeniosa que si el asesino no hubiera querido remarcar bien su coartada, quizá me hubiese desconcertado a mí también.

»Repasen bien los acontecimientos de ayer noche. El gobernador se retira a su despacho después de citar a don César. Como quiere arreglar algunos detalles, se encierra en el despacho y trabaja unos minutos, mientras el señor Echagüe espera fuera. Pasa el tiempo, no abre, llama el señor Echagüe con los nudillos a la puerta. No recibe contestación y, creyendo, sin duda, que ha ocurrido algo grave, el señor Echagüe trata de ir en busca de socorro. Mientras tanto llega el sargento Clemens. Llama a la puerta, hace un ruido terrible, y nadie contesta. Sin embargo, el ruido sería capaz, casi, de ser oído por un sordo; pero no por un muerto. Por eso el gobernador no responde. Al ruido que arma el sargento, acuden varias personas, entre ellas usted, comandante, y todos ven cómo el sargento echa abajo la puerta y se encuentra con que el gobernador ha sido asesinado. ¡Misterio profundo! Y lo hubiera sido casi total, si el sargento Clemens, al querer explicar su comportamiento, no hubiera cometido el error de quererse explicar demasiado. No hacía falta tanta prolijidad, sargento. Usted había leído la carta que escribió el supuesto *Coyote.* Sabía la amenaza que pesaba sobre el gobernador. Sin embargo, según su propia declaración, que yo escuché desde sitio seguro, cuando usted echó abajo la puerta creyó, de buena fe, según dijo, que el gobernador Curtis estaba dormido. ¿Es cierto que le creyó dormido, sargento Clemens?

-No creo que sea obligación mía contestar a su pregunta.

-Puede que tenga usted razón; pero sé que el comandante Fisher recuerda sus palabras, aunque, por lo visto, no advirtió nada extraño en su declaración. Pues bien. Yo pregunto: ¿Es lógico que el sargento Clemens, que sabía que una amenaza de muerte pesaba sobre el gobernador Curtis, creyese, después de haber aporreado la puerta, que el gobernador estaba dormido? Creo que todos cuantos vieron al gobernador caído de bruces sobre la mesa pensaron, al momento, que estaba muerto. Sólo el sargento Clemens, el único hombre que estuvo en el escenario de los tres crímenes, creyó que estaba dormido.

-¿Qué insinúa usted? -preguntó, despectivo, Clemens.

-*El Coyote* nunca insinúa, señor mío. *El Coyote* afirma que usted mató a Carreras, a Overbeck y a Curtis.

-¿Cómo pudo matar al gobernador? -preguntó Smithers.

-De una manera muy sencilla y delante de infinidad de testigos. Echando abajo la puerta del despacho, entrando en él y hundiendo una daga, ideal para esos trabajos, en la nuca del gobernador.

-Señor *Coyote* -dijo Clemens-. No creo que usted y yo debamos discutir sobre ese

punto, ya que sus acusaciones son tan falsas como su personalidad, pues el verdadero *Coyote* está en la cárcel. Usted quiere ayudarle y para ello recurre a un disfraz. Pero ya que estamos en plan de discutir ¿puede decirme cómo, si el gobernador Curtis no estaba ya muerto cuando yo llamé a la puerta, no me oyó?

-La respuesta es muy sencilla, opio. Opio en gran cantidad, adquirido en San Francisco y vertido en la cafetera especial del gobernador. El señor Curtis era muy aficionado al café y ayer noche tomó una cantidad enorme de esa infusión. El opio no tardó en hacerle efecto y en cuanto estuvo en su despacho y bajó la vista sobre la mesa, quedó dormido como un tronco. Usted, que había cuidado de verter el opio en la cafetera, aprovechando un descuido muy lógico del camarero, dejó pasar el tiempo preciso para que el opio hiciera todo su efecto. Entonces subió con el mensaje que usted se encargó de hacer retrasar y aporreó la puerta, llamó al gobernador, hizo ruido, y luego, cuando vio que se acercaban los testigos, derribó la puerta y como tiene un brazo muy fuerte, clavó el puñal sin necesidad de dejarlo caer de muy alto. Todos los que le vieron entrar en el despacho, vieron, también, a Curtis caído de bruces sobre la mesa. Nadie sospechó la verdad. Quizá ni los que le pagaron para que cometiese el crimen.

-No estamos ante un tribunal -intervino Fisher-. Pero ya que ha presentado una acusación tan excelente, ¿puede decirme por qué mató el sargento Clemens al soldado Overbeck?

-Desde luego. El crimen fue cometido para cerrar los labios de Overbeck. Éste procedía, como el capitán Smithers, de la guarnición de Los Ángeles, y me extraña, capitán, que no haya reconocido aún en el sargento Clemens a un antiguo superior suyo. Overbeck fue más sagaz.

-No comprendo -murmuró Smithers.

-Overbeck fue muy sagaz -siguió *El Coyote-.* Incluso al ser asesinado comprendió de donde procedía el golpe y empezó a escribir un nombre que empieza con «C».

-¿Qué nombre? -preguntó Fisher, interesado a su pesar.

-Con un mismo principio, Overbeck hubiera podido escribir dos nombres: Clemens y...

Sonriendo burlonamente, *El Coyote* levantó uno de los revólveres y siguió, dirigiéndose al sargento:

-¿Quiere que lo diga?

Clemens se había puesto en pie y su mano derecha avanzaba lentamente hacia la culata de su revólver. Era el único de todos los presentes que iba armado.

-Me alegro de que decida hacer eso -siguió *El Coyote-.* Ha vuelto a perder usted, general Clarke.

El falso sargento desenfundó su revólver e hizo un disparo al mismo tiempo que *El Coyote* disparaba una de sus armas. La bala de Clemens fue a hacer añicos un gran espejo. La del *Coyote* se alojó en el corazón de su adversario, que se desplomó sin pronunciar ni una palabra, pero con los ojos dilatados por el asombro. Durante un momento quedó de rodillas, luego, cayó de bruces, y fue a quedar de espaldas.

-Tenía que acabar así -murmuró *El Coyote-.* Hemos ahorrado trabajo al verdugo.

-¿Ha dicho usted que ese hombre era el general Clarke?-preguntó Smithers.

-Sí, capitán. Usted siguió a sus hombres antes del gran escándalo que provocó su degradación. Arránquele la barba postiza y reconocerá en el sargento Clemens al general Clarke.

Como temiendo cometer un sacrilegio, el capitán inclinóse sobre el cadáver y tiró suavemente de la barba. Ésta era, realmente, postiza, y cedió sin dificultad.

Al ver el rostro que aparecía, Smithers lanzó una exclamación.

-¡El general Clarke!

-Sí -prosiguió *El Coyote-.* Era él. Overbeck le reconoció y quiso descubrir a don César la verdadera identidad del sargento; pero Clarke se enteró de lo que iba a ocurrir y utilizando la daga que había sacado del tronco de la parra donde la dejó clavada don César, organizó una trampa para cazar al *Coyote* y, al mismo tiempo, deshacerse de Overbeck. Mientras sus hombres encerraban los caballos él subió al reservado y, sin ninguna dificultad, asesinó de una puñalada a Overbeck. ¿Quién iba a sospechar nada? Cuando llegó *El Coyote* cargó con todas las culpas.

»Los motivos de ese desgraciado eran muy numerosos. Por mi culpa él tuvo que abandonar el cargo de jefe de las fuerzas de ocupación de Los Ángeles. Destrocé su vida y juró vengarse. Él fue quien cortó las orejas al señor Adams y cometió varios robos importantes. Quería echar mucho barro sobre *El Coyote.* Luego, de acuerdo con los del Sur, aceptó asesinar al gobernador. Consiguió hacerlo, pero no ha podido recibir el premio que esperaba. Registren su alojamiento y hallarán en él muchas pruebas de que no les he mentido.

-Pero el general Clarke estaba declarado en rebeldía -tartamudeó Fisher.

-Ya ha sido juzgado y ejecutado -replicó *El Coyote-.* Ahora, caballeros, les digo adiós. Presenten mis respetos a don César de Echagüe y sáquenlo pronto de la cárcel. En cuanto a usted, comandante, empiece a preparar sus excusas.

El Coyote se puso en pie, guardó los revólveres y, retrocediendo de espaldas, salió del salón. Los que quedaron dentro le oyeron cerrar con llave la puerta, y unos segundos después, escucharon el galope de un caballo.

*** * ***

El carcelero vio entrar de nuevo a Leonor de Acevedo, quien, con voz llorosa, pidió:

-Quiero ver a mi esposo. ¡Pobrecito! ¡Qué injusta he sido con él! Aquella mujer era una prima suya.

Como al decir esto tiró sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro, el carcelero se apresuró a abrir la reja y la puerta de la celda.

Esta vez no se oyeron gritos ni imprecaciones, y diez minutos después, Leonor pidió que volvieran a abrir. Salió jurando a su marido no apartarse de su lado y volver cada día a verle; luego, con paso lento salió de la prisión y volvió a la casa que ocupaba en Monterrey.

-¿Ha tenido éxito? -preguntó Martínez.

-Todo resuelto -contestó Leonor, dejándose caer en un sillón-. El culpable era el general Clarke. Ha muerto. Esta vez el disparo del *Coyote* ha sido certero.

A la mañana siguiente, después de cumplir los trámites necesarios, César de Echagüe, que se había afeitado el bigote y parecía más joven que nunca, fue puesto en libertad, recibiendo toda clase de explicaciones y excusas.

-Tuvo usted razón, don César -dijo Fisher-. Debo pedirle que me perdone; pero eran tantas las pruebas que había contra usted...

-No soy rencoroso, comandante -contestó el joven-. Sé que en todo momento creyó usted cumplir con su deber. En cuanto a errores, en la vida, todos cometemos alguno, más o menos grave.

-Es usted muy generoso, don César.

-Soy comprensivo, nada más.

Y sonriendo de una manera muy extraña, que ni Fisher, ni Barrow, ni Smithers comprendieron, César de Echagüe subió al coche en que le esperaba su esposa y, sentándose, perezosamente, ordenó al cochero:

-A casa, pronto. Quiero tomar un buen baño.

Viéndole alejarse, Fisher comentó:

-¡Y pensar que yo le creí *El Coyotel*

-Se necesita, realmente, mucha imaginación para creer semejante cosa -dijo Barrow.

-¡Pero había tantas pruebas contra él! -exclamó Fisher.

-Pruebas acumuladas con la intención de perjudicarle -dijo Smithers.

Y tras un breve silencio, agregó:

-Casi me alegro de que la historia del *Coyote* vuelva a ser limpia. Esos crímenes eran impropios de él.

Epílogo que es principio de otra aventura del Coyote

Doce días habían transcurrido desde la solución del misterio que había azotado Monterrey como un asolador huracán. Edmonds Greene, el cuñado de César de Echagüe, estaba en Monterrey, sentado frente a su pariente y amigo. Leonor estaba sirviendo el café y los licores.

-Bien, César, espero que me explicarás todo lo ocurrido -declaró Greene-. ¿Qué sucedió?

-Es una historia endiablada -suspiró César-. La cosa empezó en el baile que se celebró en casa de Ortega. Quiso la casualidad que Carreras y yo discutiésemos un poco acaloradamente y que yo, para lucir mi habilidad con el cuchillo, clavara mi daga en el tronco de una gruesa parra. Apenas acababa de hacerlo, un criado me avisó que una dama deseaba verme. Bajé al sitio que el criado indicó, y tras mucho buscar no encontré la dama por ningún sitio. Pensé que se trataría de un error y regresé hacia la casa, cuando un hombre tropezó conmigo. Un momento después, tropecé con el teniente Barrow, quien me explicó que *El Coyote* acababa de asesinar a Carreras.

»A1 oír esto empecé a sospechar que se me hubiese tendido una trampa, y al meter las manos en los bolsillos tropecé con un paquetito que un momento antes no estaba allí. Busqué un sitio solitario y saqué el paquete. Contenía un antifaz negro y unas joyas. Alguien, sin duda el primero con quien tropecé, me las había metido en el bolsillo con la sana intención de que al ser registrado recayeran sobre mí las culpas.

»No era aquél momento de entretenerse y procedí a desprenderme de lo que debía acusarme: pero al hacerlo pensé que en alguna otra prenda de mi propiedad se podían haber ocultado otras cosas, y, por ello, aprovechando que la atención de todos estaba fija en el cielo, donde estallaban los cohetes, entré en el guardarropa y, al registrar mi capa, encontré en ella un revólver recién disparado.

-¿El que sirvió para matar a Carreras? -preguntó Greene.

-Sí. Decidí tirarlo también al jardín e iba a salir cuando oí que volvían los criados encargados del guardarropa. Tomé una capa, que resultó ser la del gobernador, y envuelto en ella y con la cabeza cubierta por un gran sombrero de copa, dominé a los criados, los encerré en el guardarropa, salí al jardín y una vez allí escondí el revólver, la

capa y el sombrero.

»Durante todo el rato estuve tratando de averiguar quién podía haber descubierto mi secreto, cargándome con unas culpas de las que era inocente.

»En cuanto empezó el interrogatorio, me di cuenta de que me iba a resultar muy difícil justificarme, pues el criado que me diera el aviso de que me aguardaba una dama no aparecía por ninguna parte, y aunque no tengo pruebas de ello, todo demuestra que era el mismo Clarke, debidamente disfrazado.

»Cuando sin nadie que probara mi coartada vi que Clifton Overbeck salía en mi ayuda, me asusté más que me alegré. Aquel soldado tenia más aspecto de listo y podía descubrirme fácilmente. En realidad me descubrió y me lo dio a entender con toda claridad, llamándome *Coyote y* citándome a la noche siguiente. Acudí a la cita; pero Clarke, que sospechó lo que Overbeck había descubierto, es decir, su identidad al mismo tiempo que la mía, logró anticiparse fingiendo que me tendía una trampa y le asesinó. Luego hizo lo posible para matarme.

-¿Crees que Overbeck descubrió a Clarke? -preguntó Greene.

-Estoy seguro. Aunque Clarke había disimulado sus facciones con una gran barba postiza, hay detalles en el andar, en el moverse, en los ademanes y gestos, que son inconfundibles, sobre todo para quien, como Overbeck, había servido mucho tiempo a las órdenes de Clarke.

»Al asesinarse al gobernador, y verme abrumado de pruebas acusatorias, comprendí que se buscaba mi perdición, y como ya sospechaba del llamado sargento Clemens, empecé a reflexionar y pronto di con la solución.

»No fue difícil. Sólo una persona podía conocer mi identidad. Esa persona era Clarke. Después de nuestro encuentro en el rancho Acevedo, Clarke huyó. Pero quizá no tan pronto como creímos. Pudo quedarse unos días allí, comprobar que yo estaba herido y adivinar que era *El Coyote.* Siendo él un perseguido por la justicia no podía encontrar ningún beneficio en acusarme a mí; pero cuando, entrando en relación con los elementos esclavistas vio la posibilidad de que sirviéndoles podría ganar dinero y deshacerse de mí, vengando así su derrota, lanzóse de lleno a la lucha y comenzó a tejer a mi alrededor una tupida tela de araña en la que, sin darme cuenta, me vi cogido. Primero, adoptando mi personalidad, cometió delitos que debían hacerme antipático y odioso; luego, ya más seguro, y de nuevo en el Ejército, preparó el golpe final que debía servirle para eliminar al gobernador de California y al *Coyote,* satisfaciendo así los intereses de sus amos y su venganza personal.

-¿Para qué utilizó la barba postiza? -preguntó Greene.

-Para desfigurarse. Eso ante todo. Luego, también la necesitaba para poder aparecer en un momento dado sin barba y adoptar la personalidad del *Coyote.* Si hubiera ido sin barba le habrían reconocido, y si la barba hubiese sido legítima nadie le habría creído *El Coyote.* Era muy expuesto; pero él confiaba poderse deshacer de mí. Una vez eliminado al *Coyote* hubiera podido dejarse crecer la barba natural y pasar inadvertido hasta el momento de regresar a Nueva Orleans.

»Por fortuna Leonor me ayudó mucho. En cuanto llegó supo la verdad acerca de los crímenes que se me achacaban y obedeció las instrucciones que le daba en la carta. Vistióse con un traje exacto al que yo llevaba y encima se puso un vestido de mujer. Luego, a la hora fijada fue a verme a la cárcel adoptando una actitud que desconcertó al carcelero. Una vez en la celda ella me dio el traje de mujer y mientras yo me lo ponía fuimos fingiendo una discusión. Así pude salir de la cárcel, recoger en un lugar determinado mis ropas y armas, ir a casa de Ortega, matar a Clarke, volver a vestirme de mujer, regresar a la cárcel y ocupar de nuevo el puesto de Leonor. Ella volvió a salir y el carcelero no se enteró de que durante un par de horas yo estuve fuera de la prisión. No

sabiéndome en libertad provisional, quedó bien demostrado que no era *El Coyote.*

-¿Y no lo eres? -preguntó en voz baja Edmonds.

-Tal vez conviene dejar de serlo por algún tiempo.

-Lo lamentaría, pues he venido a ofrecerte un importante trabajo.

-¿Tú?

-Sí, yo. Un trabajo en el peor lugar de toda California. Como es el Valle de la Muerte.

-¿A favor de quién he de realizar ese trabajo?

-A favor de las personas honradas que exponen su vida en aquellos lugares. No hay premio material. No tendrás ninguna ayuda del Gobierno, y sólo tú, yo, y tu esposa sabremos la verdad.

-Es bastante -sonrió *El Coyote-.* Me pondré en marcha en seguida.

-Puedes, y creo que debes, ir con tu mujer. Así nadie sospechará nada.

-¿Llevar a Leonor?

-Sí, disfrazada. Escucha bien lo que voy a decirte.